

CENIZA

Revista de literatura



5
Febrero 2026

CENIZA

Revista de literatura | Febrero 2026

Ceniza número 5.

Primera edición: febrero del 2026.

© de los textos: sus respectivos autores.

© de la edición: Revista Ceniza.

ceniza.revista@proton.me

ISSN: 3045-7858

Todos los textos publicados en esta revista son propiedad de sus respectivos autores. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización correspondiente.

Susi Abecasis | Miguel Barba
Castro | Laura B. Arola | Calanit
Berdasco | Beatriz Bowles Vilela
| F. Javier Cárdenas García |
Carlos Dorado Castellanos |
Nuria Chicote Mendarozqueta |
Paula Doe | Mariana
Finochietto | Alonso García |
Esther Gonzalo | Julia Hermoso
Romacho | Marcos Infantes |
José Ignacio Hernández | Gonzalo
López Martínez | Marcos Lozano
| Carlos Márquez Molins | Joseja
Martínez | Mónica Menargues |
Luciana Montebiano | Valeria
Moya | Ashle Ozuljevic Subaïque
| Juan Papasidero | Nerea
Pedraz Serna | Sarai Portilla |
Juan José Santiago Ramírez |
Agustín Raposo Montes |
Adriano Rojas Castro | Leandro
Salas | Juan Carlos Sales | Cecilia
Serpa | Eva Lorena Saura García
| Genaro Senegaglia | Marianela
Tiranti Gattino | Gerardo
Vázquez Cepeda | Paloma Vega
Centeno | Mario Zurdo

EDITORIAL



EDITORIAL

Cinco números parecen poco y, sin embargo, al mirar atrás sentimos que algo se ha desplazado. *Ceniza* comenzó como un gesto casi íntimo, una tentativa abierta al azar y a la confianza. Hoy, al llegar a este quinto número, no hablamos de meta ni de llegada, sino de continuidad: de un proyecto que ha crecido sin perder su respiración inicial.

Lo que más nos sorprende —y nos alegra— es la amplitud de voces que han querido formar parte. Hemos crecido mucho en autores, en registros, en geografías. Esa expansión no responde a una estrategia, sino a una afinidad silenciosa: quienes escriben encuentran aquí un espacio donde no se les exige parecerse a nadie. Hay algo más difícil de medir pero más importante: una sensación de libertad compartida. Seguimos sin línea estética común, sin programa cerrado, sin financiación que condicione el pulso. Creemos en la diversidad real, no en la consigna; en el riesgo, no en la repetición cómoda.

Este número cinco es también un umbral. Cuando un proyecto crece, surgen preguntas nuevas. Algunas tienen que ver con el tiempo, otras con la forma. Tal vez pronto *Ceniza* explore otros soportes, otros modos de permanecer, quizá incluso la posibilidad de habitar el papel, de volverse objeto, de poder sostenerse entre las manos. No es una promesa, es apenas una intuición que empieza a tomar cuerpo.

Lo que sí permanece es el fuego inicial: la voluntad de abrir espacio, de escuchar, de arriesgar. Gracias a quienes siguen enviando sus textos, a quienes leen, a quienes recomiendan, a quienes sostienen esta llama común.

Si hemos crecido, ha sido porque hemos crecido juntos. Y eso, más que cualquier proclamación, es lo que nos confirma.



DRAMATURGIA



Marcos Lozano García

EL CISMA DE BELORADO

COMEDIA EN DOS ACTOS

PERSONAJES

Sacristán

Cura

Falso Obispo

Abadesa

La acción transcurre en el antiguo y humilde monasterio de Santa Clara (Belorado, en la provincia de Burgos) donde mora una pequeña comunidad de monjas de La Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara. Época actual.

ESCENA SEGUNDA

(1er Acto)

(El mismo decorado. Han transcurrido unas horas desde la última escena. El señor CURA sigue sentado en la mesa y El SACRISTÁN barre el suelo del convento sin demasiado convencimiento.)

SACRISTÁN.- ¡Ay, ya no puedo más! Tengo los brazos agarrotados. *(Pausa.)* Mira que ahora sí, por fin lo tengo todo fetén... aunque tal vez me dejé por barrer, esa esquina. *(Dudando.)* Voy a ver... un momentito de nada...

(El CURA apenas hace caso omiso a sus palabras y sigue ensimismado en sus ininteligibles pensamientos. Mientras, El SACRISTÁN se aproxima a una de las esquinas del escenario con la escoba sucia y cochambrosa entre las manos, y comienza a barrer bajo la sillería del coro sin percatarse que por ese mismo lateral del escenario aparece misteriosamente una tétrica figura encapuchada que le acecha como si fuese un fantasma. Esa silueta se corresponde a la del FALSO OBISPO, que va enguantado y ataviado con una sotana roja con ribetes blancos.)

FALSO OBISPO.- *(Sorpresivamente)* A ti, mi buen hijo descarriado del rebaño... ¡te traigo la buena nueva de Dios! ¡Ven a mí, pobre pecador!

(El FALSO OBISPO le pone una mano en el hombro a El SACRISTÁN. Y éste que no se esperaba en absoluto ninguna

entrada inesperada y más todavía si cabe a sus espaldas, pega un gran salto hacia atrás.)

SACRISTÁN.- ¡Uy, socorro! ¡Ayuda, que alguien me ayude! ¡Hay un espectro del averno, en el convento! *(Aterrorizado.)* ¿Pero se puede saber por dónde salió, este dichoso fantasma encapuchado?

FALSO OBISPO.- ¡Pero cómo osas decir eso, más que ingrato! *(Indignado.)* ¿Acaso soy yo, un fervoroso y distinguido servidor de Dios, una ánima en pena? *(Pausa.)* ¡Por quién me tomas, pobre desgraciado!

(El CURA se percata rápidamente de la situación y salta enérgicamente de la mesa hacia la figurada encapuchada, antes que se pudiera decir un santiamén. Aparta al SACRISTÁN mediante un empujón, mientras se aferra fuertemente y con devoción, al brazo del encapuchado recién llegado.)

CURA.- ¡Su excelentísima Eminencia! Ya estábamos muy ansiosos... esperando su grata llegada a este humilde convento de Belorado. ¡Estoy a su entera disposición... que digo yo, a sus pies me postro, ¡en señal de respeto!

FALSO OBISPO.- Bueno, bueno, no será para tanto Señor CURA. Levántate ahora mismo. No me gustan en demasía los aduladores... aunque de vez en cuando, un poco no hace daño, ¿cierto?

CURA.- Toda reverencia es poca, ante su magnificencia. Venga, pase usted Eminencia. Y no haga ningún caso al botarate del SACRISTÁN... no anda muy fino el pobre.

SACRISTÁN.- ¡Vaya! Disculpe usted, monseñor. Si yo lo hubiese sabido... *(Pausa.)* Es que me dio usted un buen susto, así apareciendo de la nada y encima con esa capucha que parece no se qué... desde luego que pensé que había llegado mi hora final. *(Pausa.)* Además, en este convento hay algunos fenómenos inexplicables... que se sorprendería. Si yo, le contara acerca de estas antiguas y destartalladas paredes conventuales...

(El SACRISTÁN se santigua con el agua de la pileta de piedra y luego El CURA le da disimuladamente un fuerte codazo sin que en ningún caso lo vea El FALSO OBISPO. A continuación, le hace varios gestos para que se calle mientras el recién llegado se va tranquilizando, a pesar de ser éste quien ocasionó el barullo.)

FALSO OBISPO.- *(Algo más divertido.)* ¡Vaya, por dónde! ¡Qué ocurrente es aquí nuestro pobre hombre! Fenómenos inexplicables, dice... ¡Ajá! Me debió confundir con el mismísimo demonio, saliendo de los avernos.

CURA.- Ya le comenté a su excelencia con anterioridad, que aquí nuestro SACRISTÁN es un poco excéntrico, por decirlo de alguna manera. *(Aparte.)* Si yo le contase el cuento de los cuervos... *(Prosigue.)* así que esperemos que su ilustrísimo, se acostumbre lo antes posible a su molesta presencia. *(En actitud reverencial.)* En todo caso y cambiando de tema, vayamos a lo que nos ocupa hoy. Quiero decirle que esta humilde casa de Dios, ahora también será la suya de ahora en adelante. *(Besa ceremoniosamente las manos enguantadas de El FALSO OBISPO.)* Y siempre me tendrá a su total y entera santísima disposición, para servirle en todo momento. *(Con una sonrisa.)* Seré su más fiel servidor, puede estar seguro de ello.

FALSO OBISPO.- No insistas más, señor CURA. Además, no dudo en ningún momento que eso será así por el bien de este pobre convento... y mira que he conocido distintos conventos a lo largo de los años, todos ellos eran algo sombríos y humildes como lo son en esta provincia del país, pero ninguno como éste; cualquier día se cae a pedazos y nos entierra a todos.

CURA.- Ciertamente es, ilustrísima Señoría, que no es la más alegre arquitectura y hace bastante frío, sobre todo en invierno. Pero para nuestros propósitos iniciales, bien nos puede valer...

FALSO OBISPO.- Veremos, Señor Cura. Veremos si eso es así como bien afirmas. (*Ahora se dirige al SACRISTÁN.*) Y en todo caso, ¡descuida, SACRISTÁN! Comencemos de nuevo y por esta vez lo dejaremos pasar, para que veas lo magnánimo que soy. (*Pausa.*) Asimismo, ya lo creo que el señor CURA me ha hablado mucho de ti y de la grave enfermedad que adoleces: no cabe ninguna duda que esa cojera, es un castigo divino, por tu mal comportamiento y vida pecaminosa. Pero en todo caso no debes preocuparte en demasía, puesto que he venido a darte ayuda espiritual.

SACRISTÁN.- ¡Vaya, así que es monseñor la visita espiritual que tanto esperábamos! (*Aparte.*) Vaya susto me ha dado, tengo el corazón latiendo a mil revoluciones por minuto. Y además, no se qué dice de darme asistencia espiritual por mi cojera y mal comportamiento... ¡Sí, claro! Como si en este convento, uno tuviese muchas posibilidades de portarse relativamente mal, y los milagros sucedieran a cada paso...

CURA.- ¡Mentecato! (*Molesto.*) Deja de andar con tus majaderías y desagradables cuchicheos. Deberías agradecer a su excelencia, la

gran esplendidez y asistencia que ofrece al respecto de los pecadores y endemoniados como es tu caso.

SACRISTÁN.- (*Indignado.*) ¡Y dale erre con erre, diciendo que estoy endemoniado y que soy un pecador! Ya le dije que esos dichosos cuervos...

CURA.- (*Tajante.*) ¡Basta necio, he dicho que ya es suficiente! (*Pausa.*) Ahora, haz lo que te mando y corre presto al órgano, para tocar algo ceremonial a modo de bienvenida a nuestra excelentísima santidad. ¡No cada día, uno puede recibir al padre de nuestra santa Iglesia!

SACRISTÁN.- ¿El padre de nuestra santa Iglesia? (*Aparte.*) Y yo que pensaba que el jefe se sentaba con sus posaderas en la ciudad vaticana de Roma. En fin... a ver en qué acaba todo esto, porque cada vez voy entendiendo menos...

(El CURA acompaña solemnemente al FALSO OBISPO hacia el centro de la estancia, mientras El SACRISTÁN primero se encoge de hombros y luego se dirige, sin entender nada, hacia el confesionario. Una vez abre la portezuela y deja allí dentro la sucia escoba cochambrosa, cierra el confesionario y se dirige de nuevo hacia el órgano, donde se sienta de manera lo más ceremoniosa posible. Luego, una vez más se vuelve a percatar que no sabe tocar el órgano mientras encoge cómicamente de hombros.)

CURA.- ¡Hoy es un día histórico para todos nosotros! Un día para el recuerdo de este humilde pero antiguo convento, puesto que la Santa Pía Unión de San Pablo Apóstol tomará el control del mismo, para configurar la nueva y verdadera Iglesia que sí traerá consigo, esperanza y fe a todos sus nuevos feligreses.

(Es el FALSO OBISPO un hombre alto y de complexión seca, como si el ayuno le hubiese ido devorando el alma. Al descubrirse la capucha, se revela un rostro afilado y huesudo, con una nariz larga y corva en forma de garfio, que gobierna el centro de una cara lívida y enfermiza, como de cera rancia y salpicada por manchas de humedad que ni el incienso ha conseguido disimular. Sus ojos sombríos, chispean con una malicia apenas contenida, siempre al acecho. Viste una sotana roja, encendida como una advertencia, rematada con ribetes blancos que contrastan con la sordidez de su presencia. No hay en él rastro de santidad; su sola figura parece un sacrilegio.)

SACRISTÁN.- *(Incrédulo.)* ¡Vaya por dónde! ¡Dos madres Iglesias en vez de una, quién me lo iba a decir! Mira que ya cada vez más, hay menos feligreses y creyentes que acuden a misa, pues toma dos tazas, ¡imagínate si todos ellos, encima tienen que decir entre ambas!

CURA.- ¡Cállate, botarate! Solamente hay una única verdadera iglesia, aquella que no se ha desviado, ni lo hará nunca... de la auténtica palabra de Jesucristo, el hijo de Dios. *(Pausa.)* Se acabó la potestad de Roma sobre este nuestro convento.

SACRISTÁN.- *(Aparte.)* ¿Este, nuestro convento? Será posible... *(Se dirige al CURA.)* Acaso tienen alguna remota idea la Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara, las hermanas CLARISAS, las auténticas propietarias del convento de Belorado y a las que yo humildemente sirvo, ¿de lo que aquí está aconteciendo?

CURA.- ¡Hombre, pues claro! Ellas fueron las que en un acto desesperado y a la vez inocente... precisamente solicitaron la presencia de su excelentísima Eminencia.

FALSO OBISPO.- (*Cortante.*) ¡Basta de tanta palabrería, monseñor! Demostraremos a este pobre incrédulo, la verdadera palabra de nuestro Señor: aquella que fue falseada en la pálida y vetusta Roma, en esa siniestra biblia en pasta que siguen a pies juntillas, ¡esos herejes del demonio, a quienes Dios confunda ahora y siempre! (*Pausa dramática, y mirada altiva al cielo.*) Y una vez escuche la buena nueva que traemos a toda la humanidad, podrá este beodo ver la luz al final del camino. (*Señalando con un dedo al CURA.*) Señor CURA, trae presto los papeles del manifiesto.

SACRISTÁN.- Sí claro... (*Aparte.*) esta luz estará muy pero que muy al final del camino.... como que yo sé donde están los interruptores del deficiente mecanismo eléctrico del convento.

CURA.- ¡Silencio, he dicho SACRISTÁN! (*Con una pronunciada reverencia.*) Ahora mismo se los traigo, su ilustrísima Señoría.

(*El CURA se dirige al centro de la estancia conventual, y de la elegante mesa escritorio va eligiendo varios papeles de uno de los pilones que tiene amontonados. Al lado, se encuentra el maletín eclesiástico. Luego se dirige hacia al FALSO OBISPO, al cual le va acercando todo el papeleo a medida que el primero lo va leyendo en voz alta.*)

FALSO OBISPO.- (*Ceremonioso.*) En nombre de la Pía Unión de San Pablo Apóstol, del cual yo soy su fervoroso servidor... (*Hace una cruz en el aire con dos dedos.*) he aquí nuestro sacro manifiesto que ha de regir a partir de ahora entre las paredes conventuales de este espacio místico y religioso.

SACRISTÁN.- (*Cruzando los brazos*) ¡Estará bueno! Ahora que durante tanto tiempo hemos tenido que aprendernos el vigente...

y mira que tiene lo suyo.... ahora nos vienen con “uno nuevo”, así como si tal cosa.

CURA.- (*Enfadado.*) No te lo repetiré más, SACRISTÁN. ¡Guarda silencio, zoquete! No molestes a nuestro egregio pastor: “el que resiste a la autoridad, a lo establecido por Dios se opone”.

FALSO OBISPO.- (*Prosigue leyendo.*) A partir de ahora se deberá fomentar entre nuestros congregantes el uso preferencial de la música clásica... y en particular, la de Johann Sebastian Bach. (*Haciendo un alto.*) Y también se exigirá a nuestros congregantes un minucioso estudio al respecto de la música sacra y antigua, como pudieren ser el caso del canto gregoriano y del polifónico, con el firme propósito de su conocimiento y aprendizaje.

CURA.- (*Con fingida voz de adulación*) Maravilloso, su Excelencia... eso supondrá a bien seguro para todos nosotros, la llegada de una sinfonía de fe que iluminará nuestras almas dolientes y pecaminosas.

FALSO OBISPO.- Ya lo creo que sí, monseñor; en la tierra, tendremos ¡música celestial! Y todo para el deleite de nuestros oídos, y el de nuestro espíritu!

SACRISTÁN.- (*Para sí mismo.*) Y yo, que pensaba que las bases del manifiesto eran de otro carácter... (*Furioso.*) ¡Si hombre, lo que faltaba ya! ¡Ruidos y berridos en el convento de Belorado a todas horas! Con lo tranquilo que yo estaba solo por aquí...

FALSO OBISPO.- Sigo leyendo... (*Lo ignora.*) Asimismo, se

fomentará la gastronomía en todos sus modos y maneras, como un deber verdaderamente cristiano y por lo tanto, sacro.

SACRISTÁN.- (*Sorprendido.*) Y eso, si se puede saber, ¿qué puede significar, monseñor?

FALSO OBISPO.- Eso, oveja descarriada, supondrá a todas luces que ningún representante de la Pía Unión de San Pablo Apóstol deberá volver a pasar hambre... (*Digno.*) bajo ninguna circunstancia y bajo pena de severos castigos tanto físicos como espirituales.

SACRISTÁN.- (*Irónico.*) ¡Vaya, esa sí es buena! Adiós por siempre, al ayuno obligatorio y también al voluntario... y mira si éstas son unas prácticas bien extendidas entre los religiosos de este humilde convento de Belorado.

CURA.- ¡Alabado sea el Señor, amén! (Levantando los brazos en alto) ¡Nunca más, volveré a pasar hambre gracias a la congregación! (*Se dirige al SACRISTÁN.*) Aprende de una vez, cabeza de chorlito. ¡Ríndete a la evidencia descreído, y acepta la derrota!

FALSO OBISPO.- ¡Amén, Señor CURA! (*Señalando uno de los papeles del manifiesto.*) Y también dice aquí mismo... un momento que lo lea bien... que se promoverá el uso litúrgico romano durante las misas... nada menos que en latín.

CURA.- Y ahí mismo, va un latinajo... Dominus gregorius et pastafarius in excelsis!

SACRISTÁN.- (*Asombrado.*) ¡Me deja anonadado, monseñor! Se nota que sus estudios en latín, dieron sus frutos. Aunque, ¡qué Dios nuestro Señor nos pille confesados! ¡Así seguro que no me enteraré de nada durante la misa!

CURA.- Pues no te quedará otra que tenerlo que aprender, ¡bobalicón! Como yo tuve que hacer, durante mi estancia en el antiguo Seminario Mayor de Burgos.

FALSO OBISPO.- (*Tras permanecer callado un momento, da un paso al frente con voz clara y desafiante.*) Además, escuchadme ambos, se promoverá la crianza y reproducción de animales divinizados por nuestra la Santa Pía Unión de San Pablo Apóstol... (*Se detiene un segundo, escudriñando las reacciones del CURA y SACRISTÁN*) con vistas al bienestar animal. Cada hermano podrá adoptar uno de estos tres animales: cochinito, una gallina o un burro.

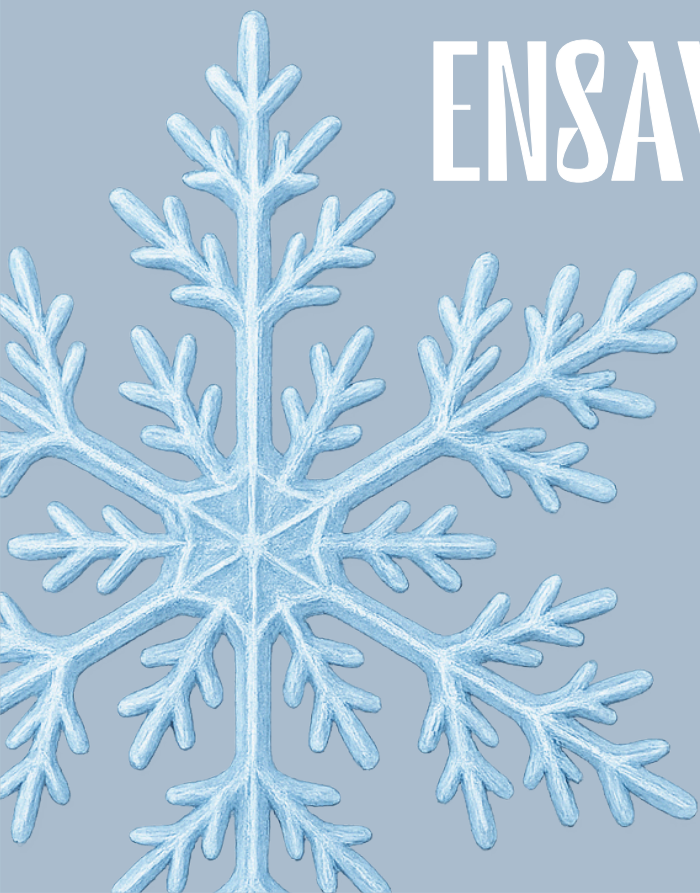
SACRISTÁN.- (*Aparte.*) ¡Pues no te joroba! Yo desde luego que me quedo con el cochinito... si es que se puede elegir, claro está.

CURA.- (*Le da una colleja.*) ¡Tú, siempre pensando en comer y beber, SACRISTÁN!

ABADESA.- ¿Y qué hay del matrimonio entre eclesiásticos, en esta nueva y sacra iglesia que nos trae la Pía Unión de San Pablo Apóstol?

(*Fin de la escena. Y oscuro.*)

ENSAYO



Gonzalo López Martínez

UNA MIRADA A LAS MARCAS DE ESCRITURA DE BORGES EN EL RELATO “LA ÚLTIMA BALA” DE PASCUAL GÜIDA

El 14 de julio de 1934, se publicó por primera vez “La última bala” en la *Revista Multicolor de los Sábados (RMS)*¹ del diario Crítica de la República Argentina. El texto narra una suerte de pleito entre un almacenero y un visitante. La historia es reconstruida con algunas imprecisiones temporales o nominales que transmiten incertidumbre. El narrador usa un argot campero argentino con cierto rigor etimológico. Como lectores, arribamos al escenario de la historia con un acercamiento al lugar que comienza con los alrededores de la segunda sección y, luego de varias enumeraciones anafóricas, culmina con la descripción de una pieza grande en el almacén en la que “hay todavía cinco orificios de bala” (Güida, 1934, p. 6). Compartimos con el narrador el desconocimiento de los orígenes de la enemistad, pero asistimos a la escena del duelo entre el almacenero, el *Vasco* Letamendi, y Suárez o Juárez, el foráneo conocido como el Lujanero o Viborita. Ante la visita prepotente del malevo, que tenía la entrada prohibida al almacén,

¹ Se puede consultar la colección completa de la *RMS* en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA) disponible en el siguiente enlace <https://ahira.com.ar/revistas/revista-multicolor-de-los-sabados/>

el Vasco lo invita a un cuarto que cierra con llave apenas ingresan e inmediatamente lo amenaza con un revolver. El malevo espera con la mano metida en el saco “sobre el cuchillo inútil” (Güida, 1934, p. 6)². El Vasco dispara cinco veces sin acertar³; y, aunque le queda una última bala, se sabe derrotado. El Lujanero le perdona la vida al Vasco y el duelo tiene un triunfador al que ni siquiera le hizo falta sacar el puñal. El relato está firmado e ilustrado por Pascual Güida.

En 1995, la profesora Irma Zangara publicó por segunda vez el cuento; pero, en esta ocasión, atribuyó la autoría a Jorge Luis Borges. La primera edición de la investigación —el término es exagerado— se editó bajo el nombre de *Borges en Revista Multicolor*⁴. En aquel libro sostuvo que los textos publicados en el suplemento literario del diario *Crítica* con diferentes firmas (Alex Ander, Andrés Corthis, Benjamín Beltrán, Bernardo Haedo⁵, José Tuntar y Pascual Güida) correspondían a seudónimos de Borges. Los argumentos para tales atribuciones resultan insuficientes cuando no vagos o absurdos. En el caso de Pascual Güida, la justificación oscila entre la coincidencia del posible apellido del malevo, Suárez, con un antepasado de Borges, Jorge Suárez: “Unidos en un apellido confluyen los distintos orígenes, las distintas formas de

² En “Hombre de la Esquina Rosada” el narrador dice: “todavía con la mano abajo del saco, sobre el arma inservible” (Borges, 1998c, p. 94).

³ Sobre este hecho, Alejandro Vaccaro (2025) aduce que el argumento que mantiene con vida al Lujanero, “un hombre que esquivo las balas”, es pueril (p. 113).

⁴ Zangara publicaría una edición española en dos volúmenes bajo el sello Club Internacional del Libro, en 1997, y una segunda edición en Argentina titulada *Borges: obras, reseñas y traducciones inéditas*, en 1999, con leves modificaciones e igual descuido que la primera.

⁵ Sobre el caso de Bernardo Haedo se han develado los orígenes de dos textos en los siguientes artículos: “Un texto erróneamente atribuido a Jorge Luis Borges: «La sórdida casa de los millones»” de Aníbal de la Fuente y “Borges, Bernardo Haedo y «El club de los mendigos»” de Gonzalo Lopez Martínez.

heroísmo” (Zangara, 1995, p. 115), por un lado; y la historia narrada en “El Desafío” (Borges, 1998b, p. 143), publicado en 1952, unos dieciocho años más tarde que “La última bala”, acaso porque repasa cronológicamente la génesis de “Hombre de la Esquina Rosada”⁶ por el otro.

Apenas tres años más tarde, el análisis pormenorizado de Annick Louis (1998)⁷ sobre el trabajo de Borges como director de la RMS y sobre la investigación de Zangara, arroja claridad sobre el asunto: “Aun cuando parece imposible determinar el alcance del trabajo de corrección realizado, un estudio que pretenda decidir si los textos fueron o no escritos por Borges resulta menos interesante que un análisis de las consecuencias de este fenómeno” (p. 256) y continúa: “El ejemplo más interesante de esta práctica de corrector es [...] el texto del dibujante Pascual Güida, «La última bala», ilustrado por él mismo, cuyo tema, un duelo entre guapos, puede relacionarse con una zona de la producción de Borges” (p. 256). Luego, sostiene que ese “relato participa de un fenómeno muy interesante de «pasaje a la escritura» (o de «práctica de la escritura») de algunos de los dibujantes del diario” (p. 257). De este modo, mantiene el rol de autor en Güida, apenas afectado por una corrección de Borges.

⁶ Sobre “Hombre de la Esquina Rosada”, Borges (1999) dirá que fue su primer cuento y que demoró seis años en hacerlo, desde la génesis inicial con “Leyenda policial” publicado en la revista *Martín Fierro*, texto que será, en su trama, el precedente de “Hombres pelearon” publicado en *El idioma de los argentinos* en 1928; más tarde, reconvertido en “Hombres de las orillas”, escrito que apareció bajo el seudónimo de F. Bustos en la RMS en 1933 y que encontraría su forma definitiva en *Historia universal de la infamia* en 1935 bajo el título “Hombre de la Esquina Rosada”.

⁷ “Instrucciones para buscar a Borges en la Revista Multicolor de los sábados” es un capítulo de *Borges: Obra y maniobras*, editada por la Universidad Nacional del Litoral en 2014 versión en castellano actualizada de la tesis doctoral de Annick Louis de 1997: *Jorge Luis Borges : la construction d'une oeuvre : autour du recueil Historia Universal de la infamia*.

En el año 2002, en el volumen de *Textos recobrados* (1935-1955), la nota del editor aclara su decisión respecto a los textos aparecidos en la *RMS* sin la firma de Borges: “No incluimos «El dragón», «Las brujas», «El gnomo», «El mito de los elfos» y «La última bala», que se han atribuido al autor pero no llevan su firma” (p. 7). La gran revelación se produce en 2006 con la aparición de *Borges*, ese cuaderno de bitácora de la amistad entre Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges. En la entrada del día 17 de junio de 1967, Bioy Casares comenta que Borges había escrito un cuento de malevos —la anotación al pie de página refleja que se trata de “La última bala”— para un dibujante de *Crítica* que finalmente cambió detalles del texto original; por lo que Borges les comentó a Bioy Casares y a Manuel Peyrou lo siguiente: “Dije que el malevo bebía cerveza: esas discrepancias con lo previsible comunican alguna verosimilitud. El dibujante corrigió y su malevo bebió una caña. (Pausa) Yo creo que el hombre se convenció de que el cuento era suyo” (Bioy Casares: 2006, p. 1189). De este modo, Borges asume la responsabilidad intelectual y admite cambios en el texto publicado. Masciotto (2025) sugiere que “esta anécdota pone al descubierto el carácter colectivo de la escritura en la prensa. El director del suplemento se atribuye la autoría del cuento que estaba por publicarse, pero no del que en efecto se publicó” (39). Entonces, es dable suponer que los roles se hayan invertido en este caso y Güida haya oficiado de corrector o editor de un cuento de Borges, incluso tratándose de un texto por encargo.

En 2015, se publica por tercera vez “La última bala”. El editor Álvaro Abos incluye el relato con la mención de Pascual Güida como autor —y una breve referencia sobre los cuestionamientos a las filiaciones establecidas por Zangara— en *Cuentos para leer los sábados* bajo la premisa de antologar textos preseleccionados por

Borges y Petit de Murat para la revista sabatina del diario *Crítica*. Es indispensable en este contexto recordar las palabras de Petit de Murat acerca de la dirección de la *RMS*: “A veces es una señorita que nos habla aparte y que necesita algún dinero, porque anda sin trabajo. Le aceptamos un cuento. Borges o yo lo tornamos publicable” (Petit de Murat, 2019). En coincidencia, escribió Kodama (2016), al hablar de Borges y de Petit de Murat a cargo de la *RMS*, que “la intervención de ambos estuvo en cada página, aunque no siempre se supiera”.

La *marca* como desenlace del duelo

El narrador dice luego de la contienda: “¡Extraño duelo, sin palabras ni sangre en que el vencedor no había sacado el cuchillo!” (Güida, 1934, p. 6). De alguna manera sostiene lo que anuncia al presentar el personaje del Lujanero, cuyo nombre no importa tanto como los temas que convoca cuando en Chivilcoy se acuerdan del caso porque “cada vez que se habla de coraje o puntería no falta una alusión” (Güida, 1934, p. 6). La manera en que el Lujanero perdona y desprecia en un mismo acto al Vasco está de algún modo emparentada con una estratagema utilizada por su amigo Nicolás Paredes, que Borges (2016) describe en las famosas conferencias sobre el tango dictadas en el año 1965:

No era solo una técnica física, no consistía en el buen manejo del cuchillo y del poncho. Era también una técnica que podríamos llamar “psicológica”. Es decir, el guapo iba llevando a su adversario a un terreno desventajoso, de suerte que, cuando

llegaba el momento de la pelea, el adversario ya estaba vencido.
(p. 54)

El hecho de que el Vasco quede vivo por decisión del Lujanero guarda relación con lo escrito por Borges (1998b) en “El Desafío” sobre un hombre que al provocar a Juan Muraña le es concedido el honor de la pelea: “Muraña, al fin, lo *marca* y le dice: «Te dejo con vida para que volvás a buscarme»” (p. 144). La práctica de *marcar* al oponente como recordatorio del perdón otorgado había sido detallada por Sarmiento (1999) al hablar de La Pulpería en el *Facundo*:

El gaucho, a la par de jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla a cada momento [...]. Tan profundamente entran estos hábitos pendencieros en la vida íntima del gaucho argentino, que las costumbres han creado sentimientos de honor y una esgrima que garantiza la vida. [...] el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos verdaderamente malos, o rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Su objeto es sólo marcarlo, darle una tajada en la cara, dejarle una señal indeleble. [...] La riña, pues, se traba por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor a la reputación.
(p. 78)

La *marca* propiciada por el Lujanero es, para el Vasco, acaso tan invisible en el rostro como imborrable en los cinco orificios que decoran las paredes del almacén. El narrador de “La última

bala” advierte que el visitante “puede pedir que Letamendi le muestre el preciso lugar, pero le advierto que no es de los preferidos del vasco” (Güida, 1934, p. 6).

Bosquejos de un duelo entre compadritos

Pascual Güida⁸ (1903-1985) fue un reconocido dibujante e historietista argentino. En 1928, inició su carrera profesional con ilustraciones en el suplemento literario del diario *La Prensa*. Algunos años más tarde, en 1933, se incorporó al plantel de dibujantes de *Crítica* donde tenía a su cargo ilustrar casos policiales o políticos del momento anticipando la llegada de las fotos o supliendo la falta de estas. Su tarea se extendió a la *RMS* en la que ilustró varios textos, incluso el que llevó su firma. El de Pascual Güida es un caso muy particular entre las atribuciones *post mortem* a Borges, ya que podría tratarse de un alónimo, es decir del “nombre de una persona que no es el verdadero autor de la obra, aunque con él aparezca esta publicada” (Buonocore, 1984, p. 39). Güida era para ese entonces un dibujante de renombre en ascenso. Vale citar las palabras de un colega suyo, Carlos Garaycochea: “En *Crítica* alcancé a ver a uno de los más grandes dibujantes: Pascual Güida. Alberto Breccia me había dicho «Tenés al lado a Güida, miralo bien porque es un maestro»”. En la única entrevista⁹ que brindó Güida en sus tiempos como dibujante de *Crítica*, declaró:

⁸ Se puede obtener un breve perfil biográfico de Pascual Güida en el *Archivo de Ilustración Argentina* en el siguiente enlace: <https://ilustracionargentina.wordpress.com/2017/05/08/pascual-guida-multicolor/>

⁹ En la entrevista, el periodista Franco Panzera presencia la labor en vivo de Pascual Güida al ilustrar una noticia de índole política. La velocidad con que realizó esa tarea motivó el título de la nota: “Un dibujante con propulsión a chorro”.

Considero al periodismo como una gran escuela que nos obliga a capacitarnos, tanto en la seguridad de nuestras ejecuciones —puesto que ellas deben ser rápidas y certeras— como en el campo de la imaginación [...] ¿Qué se necesita mostrar a algún personaje del que solo disponemos de fotos tomadas en años anteriores...? Pues, a ingeniárselas para dar a esa fisonomía los años transcurridos... (p. 20)

Pascual Güida ilustra “La última bala” con cuatro dibujos: tres personas y un paisaje. Masciotto (2025) comenta que “... uno de los aspectos más llamativos de la *Revista Multicolor* radicó en la publicación de relatos ficcionales a cargo de los mismos ilustradores. Esto sucedió [...] con Pascual Güida, que firmó el cuento «La última bala»” (p. 149) y aclara: “Güida ponía el foco en la fisonomía de los personajes que protagonizaban el cuento que había escrito” (p. 149). Sin embargo, existen algunas inconsistencias entre el texto y las ilustraciones que caben mencionar: el narrador presenta a Letamendi como “esquinado, rubio, macizo, con pinta de alto” (Güida, 1934, p. 6) y al Lujanero como un hombre “trajeado seriamente de negro con un chamberguito rabón sobre la melena” (Güida, 1934, p. 6), sombrero que también luce al ingresar al almacén: “con el chamberguito requintado sobre los ojos” (Güida, 1934, p. 6), y agrega sobre el pelo: “Lo tenía rojizo, muy aceitado, con un jopo fatal” (Güida, 1934, p. 6).

Mientras que en el cuadro principal de las ilustraciones podemos observar a dos hombres —que no necesariamente comparten la escena y podrían ser el mismo: boceto y dibujo final—: uno de

cabellera negra, que viste un saco oscuro, no porta sombrero, luce un bigote fino, un pañuelo al cuello y tiene en la mano un cuchillo desenvainado; y otro, también de pelo negro, con un bigote algo más frondoso que el anterior y que viste camisa blanca. En el segundo dibujo, encuadrado encima y más arriba, se observa a un hombre de cuerpo entero, tal vez en un movimiento de retroceso, como agazapado, que lleva un traje marrón, un pañuelo o bufanda al cuello, sin sombrero alguno y que tiene cabellos rojizos. Al pie del relato, el tercer dibujo es meramente un paisaje que podría ser la vista del almacén del Vasco.

Estas inconsistencias —el color del pelo, el color del traje, el cuchillo a la vista, etc.— encuentran eco en la explicación con la que Helft¹⁰ argumentó que Güida había ilustrado el cuento sin conocerlo del todo: “la discrepancia notable entre la trama del cuento y el dibujo de Güida (donde aparece un cuchillo inexistente en el texto) nos sugiere que el ilustrador no es el autor” (Tesler, 2013: 317). Sobre este aspecto, Borges (28 de abril de 1985) explica: “El arma blanca —sobre todo el puñal— viene a ser como un símbolo de coraje [...]. El puñal es un arma íntima. Una prueba de ello es que no se muestra el puñal, no”. Como sucede en “La última bala”: el cuchillo es mencionado, aunque no sale nunca del bolsillo del saco.

¹⁰ El comentario de Nicolás Helft corresponde a la primera edición de *Jorge Luis Borges. Bibliografía completa* editada por el Fondo de Cultura Económica en 1997. En la reedición de 2013, Helft elimina ese párrafo, aunque incluye el relato “La última bala” en un apartado compuesto por “textos de autoría incierta, que tienen visibles «marcas» de Borges, lo que permite conjeturar que podrían ser suyos” (p. 13) y menciona, al tratar el cuento, la atribución dada en la primera edición de 1997 como así también “la confirmación de la autoría” en el *Borges* de Bioy Casares (p. 639).

Consideraciones finales

Algunos autores proponen, comenzando por Zangara (1995), que el posible cambio de autoría, de Borges a Güida, se trató de un juego: “... les debe haber divertido la broma de convertir al dibujante en escritor que ilustra sus dibujos de compadritos con cadenas de signos, mientras el autor [...] experimenta una vez más, la rara sensación de ser otro” (p. 115). En un pensamiento similar, Soto (13 de enero de 2016) sugiere que “es posible que Güida le contara el duelo del vasco y el Lujanero, y él —por Borges— lo haya volcado en palabras. Es una pena que nadie se acercara a Güida [...] a preguntarle sobre esa broma que pergeñaron”. Sin embargo, los argumentos para creer en la ejecución de una travesura por parte de ambos carecen de sostén documental.

Del mismo modo que, reflexiona Borges en “El cuento policial” (1998a), Edgar Allan Poe moldeó al lector de ficciones policiales en las que su relación con el texto es de sospecha constante, desconfianza en el hilo del relato u observación pormenorizada de los detalles, incluso en aquellas lecturas que no pertenezcan al género policial; podemos inferir que Borges diseñó lectores que modificarían la manera de afrontar a los literatos que lo precedieron como escritor e, inevitablemente, leerían su obra pasada y venidera con la idiosincrasia de haber leído ya al autor consagrado. Y así como afirmó que “cada escritor *crea* a sus precursores” (Borges, 1998d, p. 166), cada autor propone al lector una manera de enfrentarse a determinados textos, sean pasados o futuros. La lectura bajo influencia de un escrito —cualquiera que sea— de un autor que lo precedió en el tiempo repercutirá en su

interpretación. El Borges tímido de los inicios narrativos que no se animó a escribir sin falsear historias¹¹ es, sin dudas, precursor del otro Borges, ya depositario de un prestigio inapelable.

Acaso esta sea una historia más de una muestra de coraje desinteresado, de un compadrito que se ha dado el lujo de ser valiente, de un duelo y de un puñal que el tiempo ha olvidado. Como afirma Molloy (2018): “Borges hereda relatos y los vuelve a contar. Así su texto es por excelencia lugar de tránsito, de traducción y de relevo narrativo. El texto borgeano *refiere*, remite a otras representaciones, ya escritas pero siempre por escribir”. Acaso las pruebas aportadas no despejen la totalidad de las dudas y apenas alcancen para comprobar una participación dual con roles difusos e intercambiables entre autor y corrector, entre Güida y Borges, para la escritura de un relato que en 1934, en una oficina de prensa en el centro de Buenos Aires, titularon “La última bala”.

BIBLIOGRAFÍA

Abos, Á. (prol.) (2015). *Cuentos para leer los sábados*. Alfaguara.

Bioy Casares, A. (2006). *Borges*. Destino.

Borges, J. L. (1998a). *Borges Oral*. Alianza editorial.

Borges, J. L. (1998b). *El Desafío en Evaristo Carriego*. Alianza editorial.

¹¹ En el prólogo a la edición de 1954 de *Historia Universal de la Infamia*, escribe: “Son el irresponsable juego de un tímido que no se animó a escribir cuentos y que se distrajo en falsear y tergiversar (sin justificación estética alguna vez) ajenas historias” (Borges, 1998c, p. 10).

Borges, J. L. (1998c). *Historia Universal de la Infamia*. Alianza editorial.

Borges, J. L. (1998d). *Kafka y sus precursores en Otras Inquisiciones*. Alianza editorial.

Borges, J. L. (2002). *Textos recobrados 2 (1935 - 1955)*. Emecé

Borges, J. L. (2016). *El tango: cuatro conferencias*. Sudamericana.

Borges, J. L. (28 de abril de 1985). *Mis libros / Entrevistado por Jorge Cruz*. La Nación.

Borges, J. L. y Di Giovanni, N. (1999). *Autobiografía (1899-1970)*. El Ateneo.

Buonocore, D. (1984). *Diccionario de bibliotecología*. Marymar.

Bustos, F. (1933). Hombres de las orillas. *Revista multicolor de los sábados*, (6), 7.

De la Fuente, A. (2016). Un texto erróneamente atribuido a Jorge Luis Borges: “La sórdida casa de los millones”. *Purdue e-Pub*. <https://docs.lib.purdue.edu/histwp/1/>

Garaycochea, C. (13 de septiembre de 2011). *Yo quise aprender, y sigo aprendiendo / Entrevistado por Hilda Cabrera*. Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-22885-2011-09-13.html>

Güida, P. (1934). La última bala. *Revista multicolor de los sábados*, año I,(49), 6.

Güida, P. (1954). *Un dibujante con propulsión a chorro / Entrevistado por Franco Panzera*. Dibujantes, (6), 18-21.

Helft, N. (2013). *Jorge Luis Borges: bibliografía e índice*. Biblioteca Nacional.

Kodama, M. (2016). Borges y el periodismo en *Homenaje a Borges*. Sudamericana.

López Martínez, G. (2025). Borges, Bernardo Haedo y “El club de los mendigos”. *Ulrica Revista*. <https://www.ulricarevista.com/post/una-atribuci%C3%B3n-ap%C3%B3crifa>

Louis, A. (1998). Instrucciones para buscar a Borges en la *Revista Multicolor de los sábados*. *Variaciones Borges*, (5), 246-264.

Mascioto, M. Á. (2025). *La Revista Multicolor de los Sábados del diario Crítica: vanguardia estética, vanguardia política e industrial cultural*. Katatay.

Molloy, S. (2018). Borges, *encore* en *Citas de Lectura*. Ampersand.

Petit de Murat, U. (2019). *Borges Buenos Aires*. 2da. ed. Sudamericana.

Risaletto, Q. (2017). *Pascual Güida / Multicolor*. Archivo de Ilustración Argentina.

Sarmiento, D. F. (1999). *Facundo*. Emecé.

Soto, M. (13 de enero de 2016). El Borges “conjurado” con Petit de Murat y Güida. *Ámbito*. <https://www.ambito.com/edicion-impresa/el-borges-conjurado-petit-murat-y-guida-n3923330>

Tesler, M. (2013). Sobre las firmas de Borges. *La Biblioteca*, (13), 314-328.

Vaccaro, A. (2025). *Borges, textos secretos y falsas atribuciones*. Emecé.

Zangara, I. (1995). *Borges en Revista multicolor*. Atlántida.

Juan José Santiago Ramírez

LA TRASCENDENCIA DE UNA ELECCIÓN EN TIEMPOS DE CAMBIO: LIRIOS

SILVESTRES O ROSAS AMARILLAS

ENSAYO LITERARIO SOBRE *LA EDAD DE LA INOCENCIA*, DE EDITH WHARTON

Si la noche de enero que da inicio a la novela, apenas estrenada la década de 1870, Ellen Olenska hubiera entrado en el palco de su familia llevando unos vaqueros ajustados, rotos y desgastados en lugar de su vestido imperio de terciopelo azul oscuro, habría llamado menos la atención del resto de espectadores, sus iguales, que al hacerlo luciendo, aun a su pesar, la exótica y a la par incómoda pátina de ser una mujer divorciada.

Igual que un *stomacher* de Lemonnier o unos gemelos de Boucheron completan los vestidos con que se envuelven los distinguidos especímenes que la observan, la honorabilidad, el prestigio y la estirpe son exhibidos públicamente con orgullo. Como esas joyas que atraviesan impertérritas las generaciones de una familia para adornar sus apellidos.

La naturalidad con la que Ellen acude a esa función de gala en el nuevo Teatro de la Ópera, donde se reúnen las élites de Nueva York, es acogida con sorpresa y suspicacia. En el mejor de los

casos, su actitud se interpreta como peligrosa inconsciencia, si bien allí nadie cree ya en las opciones que pueda contener la ingenuidad: hace mucho que esta cualidad fue desterrada de esos lares. En el peor, como retadora osadía; atreverse a pisar ese foro patricio sin atender a la elemental formalidad de no vulnerar el pudor colectivo ni atentar contra la sagrada unidad de clase supone una provocadora invitación a batirse en duelo. Un duelo que se libra entre sedas, como todos los que se producen en este entorno, pero igual de arriesgado que el celebrado con armas, ya que puede suponer la muerte en el plano social: el terrible y temido ostracismo. La presencia de Ellen pone de manifiesto que separarse del grupo, emanciparse y llegar a ser alguien autónomo, capaz de vivir según sus propias determinaciones, es algo factible. Semejante ostentación de soberanía es una ofensa imperdonable que no puede dejarse pasar por alto; es una amenaza que no conviene menospreciar.

Como cualquier declaración unilateral de independencia, la suya, aunque silenciosa, desembocará en reacciones enconadas e insoslayables enfrentamientos, que jamás parecerán tales. El tono hipócrita que las buenas formas imprimen a cada uno de los actos que desarrolla la sociedad elegante logrará que la agresividad lesiva que se pretende ejercer se diluya en el ambiente igual que el perfume tras esparcirse con un atomizador. Queda suspendida en él unos segundos. Acaso unos minutos, persiste el tiempo preciso; luego, como no tiene dónde sostenerse, desaparece.

Sin embargo, más allá de lo atractivo que resulta el enigma de su figura femenina, del sentido de su comparecencia y de las consecuencias que de la misma puedan derivarse, nadie de entre todos los concurrentes es consciente de la incuestionable

trascendencia de ese momento. Incapaces de superar la impermeable cápsula de su inmediatez, de su aquí y su ahora, no comprenden que asisten justo al preciso instante en que los mecanismos que activan toda fase de transición entre dos épocas —marcada siempre por la incertidumbre, inestable por definición— empiezan a ponerse en marcha.

La edad de la inocencia es la narración del ocaso de una era ante la llegada y el avance imparable del transformador y descreído siglo XX. A la vez, es el retrato y la compilación de los diferentes arquetipos en que se desglosa la naturaleza del hombre y que, inmutables, en línea con las postulaciones de Jung sobre el inconsciente colectivo, atraviesan los tiempos y los lugares. Como ha dicho la fotógrafa Cristina García Rodero, las personas, sin importar el marco espacial y temporal en que se ubiquen, responden de igual manera ante las emociones que les son connaturales. Otra cosa son las licencias que se les otorguen y las luces y las habilidades individuales que cada uno tenga para poder gestionarlas.

Es inevitable que los tiempos inciertos favorezcan la ruptura y la colisión. A nivel general, el conflicto se disgrega en otros tantos, incontables y con atributos específicos, que lo ponen todo patas arriba. En el plano más íntimo —si no nos engulle— la incertidumbre, pese a la precariedad que engloba el concepto, en su forma más positiva lleva aparejado un sentido transfigurador. Así, puede llegar a tomar la apariencia del espejo revelador que nos devuelve la imagen de aquello que no sabíamos que podíamos ser o que no se nos había concedido ser: las posibilidades del yo.

Volver la vista atrás

Cuando en octubre de 1920¹, Wharton publicó su relato acerca de la alta sociedad de finales del XIX, de esta solo persistía un pálido reflejo. Del antiguo esplendor egoísta que moraba en la cúspide del mundo civilizado, que tantos vales y rigodones había bailado, nada quedaba: las revueltas y las guerras lo hicieron pedazos. En Europa, donde la autora se había instalado en 1907, el periodo histórico de la *Belle Époque*, paralelo a los años de oro americanos, se deshizo en cenizas tras el cataclismo que fue la Gran Guerra. Asimismo, la revolución demolió el fastuoso imperio ruso de los Romanov y sus huevos Fabergé para levantar un orden inédito sobre sus escombros manchados con sangre azul.

Por su parte, la arrogante *Gilded Age* americana había sucumbido a su abrumador éxito. Aunque significó un crecimiento económico, financiero e industrial sin precedentes —que supuso la recuperación del país tras la guerra de Secesión y su encumbramiento como gran potencia internacional, la más rica de todas—, dejó al descubierto grandes tensiones económicas y enormes brechas sociales. Paradójicamente, comenzó a languidecer al alcanzar su apoteosis en los años setenta y su final se solapó, desde 1890, con el activismo y las reformas políticas de la etapa progresista que vino a sustituirla. En 1912, el dramático hundimiento del barco británico *Titanic*, durante su viaje inaugural de Southampton a Nueva York, última metáfora descarnada de la desigualdad, de la arrogancia y de la vulnerabilidad humanas, arrastró consigo cualquier vestigio de este episodio dorado de la

¹ La primera edición de la novela se publicó el 25 de octubre de 1920 por D. Appleton and Company. Inicialmente se publicó por entregas en cuatro partes en la revista *Pictorial Review* antes de publicarse como obra total.

historia. Y el fallecimiento en España en julio de 1920, a la edad de noventa y cuatro años, de la antigua emperatriz de los franceses, Eugenia, emblema de la centuria anterior, vino igualmente a cerrar simbólicamente un ciclo del que apenas resistían las pavesas.

Tras la guerra y el virus de la gripe que desató una pandemia a nivel global y diezmó la población mundial en apenas dos años, se inicia un decenio que se desea que sea feliz. No lo será en todo el globo, ni mucho menos: la fama de alegre con la que la década pasa a la historia será mucho mayor que la auténtica dicha que realmente llegue a disfrutarse. Pero, al menos, la expansión de los recientes ideales democráticos propiciará, poco a poco, un reparto más equilibrado de la riqueza. Paulatinamente se difuminarán las fracturas entre clases para tender —cuando se superen la Gran Depresión y la segunda de las guerras mundiales, ambos eventos todavía por llegar— al ideal del estado del bienestar, en el que cualquiera podrá intervenir en los simulacros del ejercicio del poder que propondrán los gobiernos del primer mundo.

Y muy pronto, la industria cinematográfica de Hollywood se convertirá en la quinta más potente de Estados Unidos. Las estrellas del cine, a su forma, contribuirán desde su olimpo a esa ilusión de homogeneización común. Desbancarán a la antigua nobleza, la de sangre europea y la del dinero americana, en la que se inspiran para comportarse y establecerán nuevas directrices en moda y tendencias. Resulta que —haciendo uso del término, gastado hasta la saciedad hoy día, para referirnos a quienes nos precedieron y nunca pretendieron llamarse así—, siempre hubo *influencers*. El público que les observa por fin conseguirá masivamente imitarles. Las nacientes sociedades tendrán acceso, al

menos a través de sucedáneos, al disfrute de los lujos y a los estilos de vivir de estos flamantes príncipes de novedoso cuño.

De nuevo, como entonces, el mundo está mudando la piel, pero en 1920 parece querer hacerlo más abruptamente. De tanto en tanto, lo antaño conocido y la novedad exigente chocan con estrépito contra su superficie azul de extraño artefacto. En ocasiones, el proceso puede demorarse con lentitud paquidérmica. Otras veces, desarrollarse con la velocidad vertiginosa de las alas de un colibrí. Solo unos pocos son capaces de describir certeramente los acontecimientos derivados de los movimientos de contracción y expansión que caracterizan los periodos de ruptura en la historia y de establecer nexos de unión entre ellos.

Desde esta terraza temporal global y desde la suya vital —cerca de los sesenta años, en una etapa de consolidación, al final de un proceso de reconstrucción y renovación personal— Edith Wharton termina *La edad de la inocencia*. Lo hace cuando ya ha escrito obras tan importantes como *La casa de la alegría* o *Ethan Frome*, después de colaborar con la Cruz Roja durante la guerra y de haber sido una de las primeras reporteras bélicas de la historia en la primera línea de trinchera, labor que la hizo merecedora de la Legión de Honor francesa en 1916. Cuando, tras casi treinta años de infeliz matrimonio, y luego de mantener al final de este una relación con Morton Fullerton, logra divorciarse en 1913. Ha cometido adulterio, además de sufrirlo y en plena madurez se ha convertido en una persona libre. En adelante, más aún, seguirá cuestionando en sus escritos el papel que la sociedad y la cultura de su tiempo asignaban a las mujeres. Ya ha forjado, además, esa doble identidad de ciudadana y escritora trasatlántica que hace que se sienta tan americana como europea.

Nadie más adecuado que ella para instituirse en la cronista que necesita esta historia para salir a la luz y convertirse en un relato: para rescatar la reliquia de aquel alambicado universo decimonónico, ya perdido, y mostrarlo justo cuando, insensato, a partir de 1870, se asoma por primera vez al borde del precipicio. Su precoz descubrimiento de la literatura, su curiosidad y sus viajes por Europa le dieron las herramientas para acceder, analizar y criticar la realidad auténtica, vedada a sus coetáneas, confinadas al cultivo de la etiqueta, las cortesías, la moda, el adorno y lo doméstico: el hogar, la familia y las amistades.

Lo hace con una prosa bellísima, fruto de una aguda observación y una profunda penetración psicológica. También de la sólida educación recibida, de su pasión por la lectura y del ejercicio constante y prolífico de la escritura. En su novela late cierta nostalgia y, a la vez, la ironía se destila amarga y sabia. Edith Wharton pertenecía por nacimiento a ese afortunado círculo colmado de favores del que conocía perfectamente su funcionamiento. Sabía del dédalo de relaciones familiares seculares que conectaban a los integrantes de ese notable enjambre y las claves que lo organizaban. Por haber sufrido la experiencia de un matrimonio y un divorcio traumáticos, por haber estado dentro y fuera de la solemne colmena, consigue un completo narrador omnisciente, perfecto conocedor de las emociones humanas. En ellas se recrea con la refinada habilidad de expresarlas sin necesidad de caer en nada que sea explícitamente escabroso, ni siquiera mínimamente inconveniente. Pero sin soslayarlas tampoco: las muestra tal cual son, limpias, incómodas, honestas. Luego están los ambientes, los muebles, los vestidos, las cortinas, los cuadros. Y esa bruma evanescente que consigue fabricar y en la que tiene la

amabilidad de entregarnos el pasado: tal y como creemos que fue y como creemos reconocer en las fotos antiguas.

Un año más tarde, en 1921, *La edad de la inocencia* se hará con el premio Pulitzer de novela.

La Nueva York que fue

Desde su fundación, Estados Unidos se había mirado en el rostro de Europa para componer y solidificar su particular fisonomía moral y política. Y, a fuer de admirar su herencia y de emular el empaque de las ceremonias del Viejo Continente, elaboró una identidad peculiar, mucho más recalcitrante y afectada en contra de lo que pudiera parecer a simple vista. En ella se hizo fuerte. La nación olvidó cualquier posible complejo o prejuicio que pudiera pesar sobre sus hombros y, sentada en el trono que se hizo para sí a medida, a través de sus poderosos próceres intocables, desdenó al resto de la humanidad.

No obstante, estas estructuras tan aparentemente sólidas comienzan a resentirse con las transformaciones externas que el último tercio del siglo trae aparejadas. Por eso, los usos y hábitos plenamente asentados de la indolente aristocracia financiera están abocados a extinguirse. Ajenos —casi nos atreveríamos a decir que voluntariamente— a este irremediable fracaso, los miembros que conforman esta tribu exquisita se mueven consecuentemente por los magníficos salones de sus mansiones preocupados solo por nimiedades. Han hecho de su letargo sofisticado, entre porcelanas y cuberterías de plata, entre rasos y encajes, un arte sublime y vacío.

Green que la realidad ridícula de sus palacios neoyorkinos es la que habita el orbe.

La vida se rige por estrictos códigos de conducta que han de respetarse para ser integrante del selecto club. Participar de la norma, cumplirla, exponerla y perpetuarla conlleva disfrutar de beneficios incontestables: la inmunidad, la paz, el orden. Fuera de esta comunidad no hay más que frío y cieno. Ante el riesgo de consumirse en la extenuación del aburrimiento y sucumbir al desastre, se autorizan, claro está, ciertas excepciones, por supuesto, especialmente al género masculino. Limitadas, prefijadas, muy medidas, son lo suficientemente permisivas para calmar en su justa medida cualquier natural expansión que tenga que ver con la indispensable voluntad de decidir más allá: se elige, pero entre unas determinadas opciones. Estas, eso sí, no dejan de ser lo bastante restrictivas para evitar fastidiosas contingencias: que alguien quiera abandonar el opulento redil y que llegue a generarse así alguna indeseable y contagiosa disidencia. Las pulsiones de la intimidad de cada cual no deben emerger a la superficie bruñida del suelo que pisan.

Nadie más que Newland Archer es consciente de la hermosa y temible decadencia exterior que comienza a asolar su entorno. Prometedor abogado en esta república parapetada en el boato de la realeza que los americanos nunca tuvieron pero que siempre desearon tener, pertenece a una familia sin tacha. Su espíritu contemplativo y diletante despierta de esa hipocresía cuando descubre que aquellas señales de deterioro que daban cierto aire romántico a fachadas y decorados, traspasan y enferman a los edificios. El desgaste no es inocuo, su afán corrosivo no afecta solamente a los ladrillos, también les alcanza a ellos, que se mueven

como sonámbulos. Solo Newland ve a los demás tal cual como son.

Ocurre desde esa noche en que se reencuentra en la ópera con la condesa Olenska, prima de su prometida y futura esposa, la dulce y cándida May Welland. Como aquella otra emperatriz austriaca de legendaria belleza coetánea suya, la singular aristócrata parece haberse equivocado de siglo como quien se equivoca de puerta a la hora de entrar en una habitación. No busca reconocimiento: es una mujer tranquila, no una temible *femme fatal*. Gusta del arte y de la lectura, es cosmopolita y tiene opiniones fundadas y certeras acerca de las cosas.

Recién llegada de Europa, arrastra un enojoso pasado que choca con este microcosmos absurdo en el que no hay lugar para el desarrollo del albedrío individual. Cuenta únicamente con el apoyo incondicional de su abuela, la arrolladora e intrépida Mrs. Manson Mingott, que insolentemente siempre se dirigió en su vida como mejor le pareció, aprovechando su privilegiada posición de respetabilísima viuda. Como la anciana, Ellen es una mujer sin hombre, pero no es una mujer sola ni libre por entero: pertenece a su marido, aunque se haya alejado de él para lograr sobrevivir. Verdaderamente, no hay ninguna mujer que goce de entera libertad. Como mucho, de permisos. Se rumorea que no es honesta: alguien la ayudó en su huida. Un hombre, quizás. En la secuencia natural de capítulos que componen una biografía femenina siempre se es propiedad de uno. Del padre primero, Del esposo después. Luego se pertenece a los hijos, a los nietos, a los sobrinos durante la senectud. Tutela y dominio masculinos de la niñez a la tumba. Y así debe ser: es de esta manera como lo entiende May. En ese acogedor y amable cautiverio, pactado y

aceptado entre las dos partes firmantes de ese contrato que es el matrimonio, es donde se obtienen la protección y las certezas.

Atraído por el carácter de Ellen, tan opuesto a lo que hasta ahora ha conocido, Newland comprueba cómo al paso de su prima política los objetos, los seres, los sentidos de las cosas van desvelando su fealdad y su genuino aspecto: viejo y deslucido conforme se desprenden de su cobertura falsa de oropeles. En medio de ese paisaje, la sincera luz de Ellen destaca vibrante y extraña frente a la calidez predecible, esperada, que irradia la silueta de May, a la que su prometido homenaja cada semana con un pedido de lirios silvestres. Una noche, cuando se dispone a encargarse el pedido floral acostumbrado, sin pensarlo demasiado, envía además un ramo de rosas amarillas —sin tarjeta— a la condesa Olenska.

Esa acción clandestina abre la puerta a su desasosiego. La lógica que ordenaba eficazmente la rutina se desmorona ante él: no puede contestar a ninguna de las nuevas preguntas que se acumulan en su cabeza; no explica tampoco cuál es la posición auténtica que ha de ocuparse en la propia existencia. La melancolía que impregnaba la belleza del crepúsculo de su clase pierde su encanto cuando se convierte en un dardo que le apunta a él directamente. Es en ese punto cuando empieza a sufrir sin remedio: al confirmar que el sistema en el que ha vivido hasta ahora no es ni tan confortable ni tan seguro como creía; al tomar conciencia plena de que tanto él como el resto de mortales que le rodean —personajes que protagonizan la obra que tediosamente les toca representar— están condenados a moverse dentro de los límites de los prototipos artificiales que para ellos ha moldeado y fabricado el establishment invisible que les obliga; y cuando comprueba el doloroso desajuste

entre los impulsos de la naturaleza y los armazones que los constriñen. No es lo mismo andar descalzo que sufrir un calzado, por caro o precioso que sea, si nos daña el pie.

El tamiz que son los otros

Cada una de las dos mujeres, May y Ellen, contiene en sí misma una posibilidad de vivir totalmente distinta. Una, antes en absoluto imaginada, fuera de la ley de Dios y de la de los hombres, encarna una promesa llena de pasión, de matices y oportunidades para el crecimiento y el autoconocimiento. La otra se compone solo de una serie de escenas inamovibles, de las cuales él podría trazar en un cuaderno, sin abrir los ojos un momento, una suerte de bosquejo, un resumen estable y pacífico pero anodino, pálido trasunto de aquella plausible verdadera historia de amor. Y surge ahí el dilema trágico de Newland: dejarse arrastrar por la costumbre impuesta o romper con los convencionalismos y atender nada más que a los deseos personales; en cualquier caso, tan nefastos son unos como otros.

Para conservar firmes las murallas de su reino, emplazadas a mantenerse en pie como mucho una generación más, sus congéneres serán capaces de emprender primero y sostener después con el tesón de su casta, una rebelión muda, casi imperceptible, capitaneada por quien menos competente pareciera para enarbolar la bandera de la resistencia de la tradición. Las hostilidades, como no podía ser de otro modo, transcurren *sotto voce*, detrás de las paredes señoriales y bajo las soberbias alfombras.

Siempre sucede, ha sucedido, sigue sucediendo, seguirá pasando. Tenemos la mala costumbre de querer realizarnos a través del tamiz que son los demás, como si atravesar la existencia de aquellos a los que preferimos completara nuestra experiencia y nos hiciera mejores. Buscar la plenitud en los demás en lugar de intentar encontrarla en nuestra propia entidad individual no es justo para ellos ni para nosotros. Tampoco sano. Pero es un hecho: queremos encontrarnos, terminar de hacernos en el otro.

Si fuera tan fácil reducir el problema a su mínima expresión, al germen mismo, la cuestión se limitaría a una simple elección de flores. Pero no lo es. ¿Cómo resolver ese gran problema que es el amor, inoportuno e incompatible la mayoría de las veces con el resto de nuestras circunstancias? ¿Con qué herramientas, sin herir a nadie, sin salir maltrecho? ¿A quién sacrificar? ¿Qué resolución es la correcta? ¿Atropellar con el amor todo lo demás para saciarlo y apaciguarlo, poseyéndolo, o renunciar a él? ¿Qué sentimiento de amor es el mejor, el más sano, el más generoso? Decidir implica invariablemente elegir. En buena parte, de nuestras decisiones dependerán las que tomen los demás. Y estas podrán partir del egoísmo o el desprendimiento más absoluto, de la cobardía o la responsabilidad, la valentía o el miedo. Del exceso y el abuso que entraña la utilización de quienes son más débiles o más bondadosos. Incluso de aquellos que ya no viven o que no han nacido aún.

Cada uno de los protagonistas tiene algo que decir, un camino que tomar mientras el mundo que conoce se deshace en arena alrededor suyo. Qué o a quién escoger. Optar por una flor u otra entonces no se trata de un asunto vano. Menos aún en ese contexto, donde cada paso comporta una trascendencia mayor.

Además, no solo elige quien las regala, también quien las recibe. Es complicado conciliar nuestras apetencias con las de los demás. Se trata de esa paradoja eterna de los amores contrariados de la que hablaba Isabel Coixet en *A los que aman*: una persona pasó toda su vida amando a alguien que, a su vez, amó a otra persona que tampoco le correspondió, por amar esta última a otra, sin saber si su sentimiento era correspondido. Falta por ver si tendrán la fortaleza necesaria para asumir las consecuencias del plan que se han trazado, ya sea guiados por las motivaciones que les grita el corazón, ya por las que al oído le susurra la colectividad dominante.

Los anhelos de cambio y de realización cobran siempre más fuerza cuando una época se acaba y, simultáneamente, otra asciende fulgurante. Al fin y al cabo, ambas están sentenciadas a agotarse. En medio quedamos nosotros. Quizá por eso hoy sea más necesario que nunca regresar a los clásicos de la literatura para identificar en ellos los rasgos de nuestra especie que permanecen inalterables a través de los siglos y reconocernos en esas fisonomías del alma. Tal vez lleguemos a aprender algo. Su lectura será siempre, además, la oportunidad ideal para descansar de los días.

Eva Lorena Saura García

EL NARRADOR QUE NO SABE: INCERTIDUMBRE Y AUTORIDAD EN LA NARRATIVA
RECIENTE

Durante buena parte de la tradición narrativa occidental, el narrador ocupó una posición de autoridad. Incluso cuando era parcial o subjetivo, su voz ofrecía al lector un marco relativamente estable desde el que comprender los hechos. La novela moderna, desde el siglo XIX, se construyó en gran medida sobre esa confianza: alguien contaba porque sabía, o al menos porque estaba en condiciones de organizar el relato. En la narrativa contemporánea, esa figura se ha erosionado.

Cada vez con más frecuencia, los textos están narrados por voces que no saben del todo qué están contando. Narradores que dudan, que corrigen su propio relato, que reconocen lagunas en su memoria o en su comprensión de los hechos. Esta pérdida de autoridad no es un mero recurso estilístico, sino un síntoma de una transformación más profunda: la dificultad de sostener una posición de saber en un mundo saturado de versiones, interpretaciones y relatos en competencia.

El narrador contemporáneo ya no se presenta como garante de

sentido, sino como parte del problema. No domina la historia que narra; la atraviesa. A menudo habla desde después, desde el error o desde la sospecha de haber entendido mal. Esta incertidumbre se traduce en estructuras narrativas inestables: saltos temporales, contradicciones, repeticiones que no aclaran, sino que espesan el relato.

Este tipo de narrador obliga al lector a asumir una responsabilidad distinta. Leer deja de ser un ejercicio de recepción y se convierte en una tarea de reconstrucción. El texto no ofrece un camino claro, sino materiales dispersos. El lector debe decidir qué creer, qué descartar, qué aceptar como provisional. La autoridad del relato se desplaza: ya no reside en la voz que cuenta, sino en la relación tensa entre texto y lectura.

No se trata, sin embargo, de una simple herencia del narrador no fiable clásico. En la tradición moderna, la falta de fiabilidad solía revelarse como ironía o artificio: el lector acababa comprendiendo más que el narrador. En muchos textos recientes, esa superioridad del lector también se ve cuestionada. No hay un punto de vista exterior desde el cual ordenar definitivamente la historia. La incertidumbre no se resuelve; se mantiene.

Este fenómeno tiene consecuencias formales claras. La narración renuncia a la clausura. Los finales no explican, apenas interrumpen. Los acontecimientos centrales a menudo quedan fuera de campo o se relatan de manera fragmentaria. El texto parece consciente de que cualquier intento de cierre sería artificioso. No porque la realidad sea incomprensible, sino porque toda comprensión resulta parcial.

La figura del narrador que no sabe refleja, además, una desconfianza hacia los discursos de autoridad. En un contexto donde la información circula de manera constante y contradictoria, la literatura evita ocupar una posición de certeza. Prefiere mostrar el proceso de búsqueda antes que ofrecer una conclusión. El relato se convierte así en un espacio de ensayo narrativo: una exploración de lo que puede decirse sin garantías.

Esta transformación afecta también a la dimensión ética de la narración. Contar una historia ya no implica apropiarse de ella. Muchos narradores contemporáneos dudan de su derecho a contar: cuestionan su lugar, su memoria, su implicación. El relato incorpora esa incomodidad. No habla desde la distancia segura, sino desde una posición comprometida y frágil.

El resultado es una narrativa menos enfática, menos confiada en su propia eficacia. Pero también más honesta en su relación con el conocimiento. El narrador no se presenta como quien explica el mundo, sino como quien intenta comprenderlo mientras escribe. El texto no ofrece modelos claros, sino situaciones problemáticas que resisten una lectura unívoca.

Esta narrativa de la incertidumbre no debe entenderse como un signo de empobrecimiento. Al contrario, supone una ampliación de las posibilidades del relato. Al renunciar a la autoridad absoluta, la literatura gana en complejidad. Se vuelve más consciente de sus límites y, precisamente por ello, más exigente con el lector.

Tal vez una de las funciones actuales de la narrativa sea esta: no decir cómo son las cosas, sino mostrar lo difícil que resulta saberlo. En un tiempo que exige opiniones rápidas y posiciones firmes, el narrador que no sabe introduce una pausa. No como evasión, sino

como gesto crítico. Contar desde la incertidumbre no resuelve el mundo, pero evita simplificarlo.

BIBLIOGRAFÍA

Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. Madrid: Siglo XXI, 2005.

Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós, 1987.

Benjamin, Walter. *El narrador*. Madrid: Taurus, 1991.

Blanchot, Maurice. *El espacio literario*. Madrid: Paidós, 1992.

Blanchot, Maurice. *La escritura del desastre*. Madrid: Trotta, 1990.

Booth, Wayne C. *La retórica de la ficción*. Barcelona: Bosch, 1974.

Calvino, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela, 1990.

Eco, Umberto. *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen, 1981.

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1999.

Genette, Gérard. *Figuras III*. Barcelona: Lumen, 1989.

Piglia, Ricardo. *Formas breves*. Barcelona: Anagrama, 2000.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración I*. Madrid: Siglo XXI, 1995.

Said, Edward W. *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona: Debate, 2004.

Shklovski, Viktor. *Teoría de la prosa*. Madrid: Cátedra, 1999.

Todorov, Tzvetan. *Poética de la prosa*. Madrid: Taurus, 1988.



NARRATIVA BREVE

Calanit Berdasco

LA PESTE

Faltaban alrededor de nueve días, o quizás menos, para que la pestilencia provocada por la arboleda de mi vecina abrumara a toda la cuadra. En más de una ocasión, yo me había acercado personalmente para ofrecerle una explicación acerca de por qué esta especie de su preferencia despedía ese olor tan nauseabundo, y comentarle qué medidas debíamos tomar para evitar la proliferación de tan vomitivo hedor, cosa que ya había sucedido antes, pero su negativa era obscena. Con falsa simpatía simulaba escucharme, después de que yo la detuviera en alguno de sus trotes desde su vehículo hasta la entrada de su casa. Sin importar qué tan pedagógico yo me propusiera ser, ella siempre me interrumpía, argumentando con alguna aparente característica *sagrado-histórica* que les atribuía a aquellos árboles pestilentes, razón que, acorde a su lógica, era suficiente para justificar “un par de días” de respirar la hedionda sustancia que invadía por completo nuestro aire. Varias veces la había visto hacer jardinería o actividades de limpieza en su frente. Pero ¡qué formidable casualidad!, que ni bien yo bajaba el picaporte con intenciones de acercarme, ella, repentinamente, daba por finalizadas sus tareas, y volvía rápidamente al interior de su casa, antes de que yo llegara a su jardín. Al principio no me

explicaba el por qué de su desprecio. Sin embargo ahora, habiendo trabajado sobre múltiples hipótesis y, especialmente, luego de la experiencia que viví ayer por la mañana, pude entenderlo todo.

Lo cierto es que, en una primera instancia, un rechazo tan direccionado puede causar afecciones en el ánimo y en la autoestima. Sin embargo es evidente que semejante apatía devenida en agresividad es un signo de temor, representa nada más que una sensación de peligro frente a un otro. Pero ¿por qué razón mi presencia significaría una amenaza para mi vecina? En su actitud esquivada no prevalecía ni una pizca de timidez. Quedaba claro, por sus comportamientos habituales, que no se trataba de una persona retraída. Al contrario, a juzgar por las estruendosas reuniones que llevaba a cabo en su vivienda hasta altas horas de la noche, y por las constantes visitas que recibía incluso en días de semana, era evidente que mi vecina era una persona altamente sociable. Hasta sus formas de vestir, con esos colores estridentes y accesorios pendulantes que le colgaban de diferentes partes del cuerpo y que parecían no frenarse nunca, ni cuando permanecía quieta, envolvían su presencia en una insoportable vistosidad, difícil de ignorar (por más espantosa que pudiera resultar) y nada propio de un ser retraído. Era probable, de hecho, que la necedad por dejar que sus árboles pestilentes siguieran su curso natural, sin importar las molestias que nos causaran al resto de los habitantes de la cuadra, fuera parte de sus constantes y exitosos intentos por llamar la atención. ¡Qué bajeza en el espíritu, la de aquella persona que pondera sus caprichos por sobre los intereses de su comunidad! Y otro tanto lamentable es asumir que este tipo de mezquindad prolifera en estos tiempos, en los que las preocupaciones de la gente no superan el espacio que se extiende desde su dormitorio hasta los límites de su jardín delantero. No me

resulta contradictorio, en absoluto, la exagerada extraversion de mi vecina en relación con su desinterés por el bien común. La grandeza se cultiva en soledad, en conversación con los pensamientos. Esquivar las miserias propias en una constante de jolgorio y frivolidad solo puede resultar en tal pobreza del ser.

Comprender todo esto para mí fue una inmensa carga. No solo por la razonable aversión que llegué a sentir por mi vecina, sino por el peligro que significaba detectar en ella una maldad tan virósica, que se extendía sin frenos sobre la sociedad y sembraba en mí el más desesperado sentimiento de impotencia. Comenzaron a alterarme descomunamente todos los estímulos provenientes de su casa o relacionados con ella, desde su pésimo gusto musical hasta el sonido del motor de su vehículo. Las multitudinarias reuniones eran cada vez más frecuentes, y me generaba repulsión el olor a cigarro que llegaba hasta la ventana de mi dormitorio. Sus risas histéricas me taladraban el cráneo. Podía escuchar, incluso, las imbéciles conversaciones que sostenían debido a los altísimos volúmenes de voz que manejaban sin ningún tipo de pudor. Una emoción violenta me invadía cuando la carpintería parecía ser su actividad predilecta del día. Tan solo sentir sus pasos en la vereda o ver su figura en el jardín aledaño me significaba el máximo esfuerzo por mantener la calma. Cada día que pasaba era un día más que me alienaba el odio, esperando que el hedor de los árboles comenzara a invadir la vereda para entregarme por completo a la locura. No me juzgo por haber dejado crecer en mí tal ensañamiento. Al fin y al cabo soy un ser humano, con mis virtudes y mis miserias, y no por nada había desarrollado tales sentimientos. El desconocimiento de mis fines me impedía canalizar mi odio. Pero mi ira creció en virtud, cuando supe la grandiosa tarea que se me había encomendado.

El café de esa mañana me encontró con una edición de *Ficciones* que tenía olvidada entre ensayos literarios y libros de cocina. Al principio me reproché el haber descuidado la obra, tanto como para que se mezclara entre los rincones menos atendidos de mi biblioteca. Más tarde lo agradecí, e incluso sentí vanidad en haberme considerado responsable de desatar los reveladores eventos que sucedieron a continuación. Fue como si la obra, en su infinita sabiduría, se hubiera movido de su hábitat natural para llamar mi atención. Era temprano. Lo suficiente como para que la temperatura ambiente me permitiera disfrutar de una infusión. El aire, afuera, seguía silencioso. El sol se esforzaba por salir. Agarré el libro con la mano desocupada y me senté en uno de los sillones individuales. Empecé a hojear. Una fina cobertura de polvo revestía el borde superior de las hojas. Me decidí por la página doscientos trece y me puse a releer *Tema del traidor y del héroe*, y mientras revivía la historia de Kilpatrick (y sin que esto implique una relación de semejanza entre los casos), se manifestó en mi cabeza la siguiente posibilidad: ¿qué tal si, en realidad, el trato esquivo que recibía de parte de mi vecina fuera nada menos que un llamado de auxilio? ¿Era posible que sus esfuerzos por desquiciarme con sus provocaciones fueran en realidad un intento por escapar de sus miserias? Al momento de considerar esta teoría, no pude evitar sospechar de la eficacia con la que esa mujer había logrado mi desprecio por su existencia. Pero por más que me esforzara, no podía determinar otros motivos lógicos para su comportamiento. No cabían dudas de que su vida era miserable; su infinita arrogancia la habría llevado al hastío. La superficialidad de sus intereses y lo prescindible de las personas que soportaban tenerla alrededor habrían desatado en ella esa insoportable inestabilidad en su humor, lo que la habría drenado de toda motivación intrínseca de existencia. O quizá era su vanidad la que

ahora se traducían en deseos irrevocables de trascendencia social. Junto a su casa, yo; modesto, inalterable. Estaba reclamando a gritos mi ira y mi atención. Estaba pidiendo que la mate.

Sentí como una oleada de piedad humedecía repentinamente mi corazón. Pensé en el atrevimiento que implicaba arrebatarse una vida tan joven. Recordé, incluso, el día en que mi vecina había llegado al barrio; la había visto bajar de su vehículo por primera vez desde la ventana de la cocina. Tenía un vestido verdoso que no parecía el indicado para estar trasladando cajas de mudanza; el movimiento hacía que los pliegues de la tela se acumularan en el sector abdominal y que la prenda se volviera levemente más corta. Llevaba en los labios un color violáceo y le brillaban los ojos. Su ardua labor me tentó a lo desconocido; pensé en salir y ofrecer mi ayuda. Unos minutos después un hombre bajó por la otra puerta del auto. Ella volvió desde el interior de la casa hasta el vehículo rebotando torpemente por la vereda y lanzando unos alaridos indescifrables. Fue la primera vez que me irrité con su presencia. A partir de ese momento sus intentos por alimentar mi irritación habían sido innumerables. Vi a ese hombre entrar en su casa en algunas otras ocasiones, al igual que a tantos otros. ¡Qué tan miserable debía de ser la vida de aquella! que entregaba su cuerpo como un resto de carne que se le arroja por lástima a un perro hambriento. El desprecio que le tenía volvió a embriagar mis pensamientos. Mis dedos se enterraban en los brazos del sillón. Cometer el crimen, entonces, habría sido hacerle un favor. Compadecerse era confuso; si su deseo era, realmente, ponerle fin al padecimiento, y/o consagrarse como mártir de su gente, entonces su final era lo que deseábamos los dos. Me la imaginé fantaseando con un altar en su propio nombre arrebatado de infinitas flores. Pensé en sus ojos, temblorosos, alguna de esas

veces en que me había acercado a su jardín, y supe que mi deducción había sido perfecta. Me reproché no haber sabido leerlos antes.

La noche era ideal. Hacía un par de horas que la luz de la ventana de su habitación se había apagado. No voy a entrar en detalles; ahondar en una narración detallada del hecho lo haría parecer el cumplimiento de una fantasía morbosa de mi parte más que un acto corajudo de mera empatía. Solo diré que entré por la puerta de atrás de la cocina. Suponía que no tenía cerradura, no había escuchado ni una sola vez el tintinear de las llaves cuando mi vecina entraba por ahí. Imaginaba una puerta débil con alguna especie de pasador. Fue todavía más simple que eso. Primero tuve que ocuparme del gato. Y en silencio subí. Fue tan fácil, tan limpio y tan rápido. Me concentré todo el tiempo en no dejarme tentar por algún tipo de perversión, por no pretender endiosarme. Me entregué, irremediablemente, a una sola sensación: la de haber descubierto en mí una especie de poder. La parte más engorrosa y, también, algo desagradable, fue la de adaptar el cuerpo para su traslado y acomodarlo en un rincón del altillo. Para él tenía planes perfectos que me ocuparían el día siguiente.

Por la mañana desperté más tarde de lo común. El sueño todavía pesaba. Me pareció haber dormido un día entero o dos, o quizá un poco más. Me levanté aturdido por el calor. En la calle había ya demasiada vida. La casa había despertado sin mí y me pareció un tanto insolente ese gesto de su parte. Bajé pensando en café, aunque mi garganta hubiese preferido algo fresco. La pendiente de las escaleras me pareció más pronunciada de lo normal. Creí escuchar unos golpes afuera, pero descifré luego que venían del techo. Algún gato un poco torpe o torcazas aterrizando.

Pisé la alfombra del entepiso y un hedor insoportable penetró mis fosas nasales. Fruncí el rostro y seguí bajando. El olor putrefacto me golpeó las sienes, me perforó el cráneo y me hizo tambalear. Mi estómago se retorció. Desde mi cuero cabelludo brotaban gotas espesas que me recorrían la cara. Me sostuve contra la baranda. No podía explicarme, en ese momento, el origen de semejante pestilencia. Fue entonces que miré por la ventana: habían florecido los árboles.

Nuria Chicote Mendarozqueta

EL INVIERNO EN EL INTERIOR DE UN SOBRE

Aquel año el frío llegó la víspera de Navidad, dentro de un sobre en cuyo dorso tan solo había un apellido. El oficial que hacía de emisario lo depositó en las manos de Eladio, quien sujetó la carta con dedos temblorosos, mientras las preguntas se ahogaban en su garganta antes de llegar a los labios. Justa, su esposa, notó que el alma se le desangraba sin remedio hasta convertir su cuerpo en una cáscara vacía, desprovista de voluntad. El soldado taconeó y se cuadró frente a ellos dejándolos en el porche, apoyados el uno sobre el otro, porque de otra manera se habrían caído al suelo apenas nevado. Y el frío aprovechó ese instante para colarse en la casa, como un viento glacial que lo revuelve todo, la sopa humeante en el puchero, el colchón de lana recién vareado, la leña preparada junto a la hoguera, las ganas de seguir habitando en este mundo.

Eladio entró al fin en la casa, sujetando a su mujer por los hombros. Sus huesecillos parecían más que nunca los de un pájaro al que le habían robado la posibilidad de volar.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Justa, con el dolor

atorado al fondo del pecho.

—Sigamos con lo que estábamos. Aún es pronto para abrir el sobre.

Así que dejaron la carta sobre la mesa, sin tocarla, y continuaron las tareas que habían emprendido aquella mañana, antes de que llegase el frío: ella frente a la humilde cocina, él limpiando la chimenea para hacer un buen fuego. El aceite chisporroteaba y los buñuelos se iban inflando, dorados y redondos cual soles desmayados. Pero el frío no se iba. Flotaba pesado en el aire, entre aquellas paredes que olían a canela y a compota recién hecha, y ocupaba tanto espacio que costaba respirar.

Siguieron así un rato, ella removiendo el puchero, él mirando sin ver las llamas del fuego que se apocaban ante el aire helado. Tras su ventana desfilaban los soldados que habían conseguido un permiso para regresar con sus familias. Llevaban el gesto derrotado, las cabezas gachas y los andares iguales a los de un anciano, aunque muchos no habían alcanzado aún la veintena. Cada vez que un joven de uniforme se acercaba a su casa, Eladio y Justa se sobresaltaban, pensando que por fin el ensueño se iba a romper, que aquel sobre sin abrir que les había puesto la vida en pausa no era para ellos.

Pero ninguno de esos muchachos de mirada enrojecida y ropas raídas se detuvo frente a su puerta para contradecir al frío que traía la carta.

Las figuras de los combatientes y los gritos de sus familias al recibirles se fueron espaciando, hasta que fuera solo quedó el susurro del aire arañando la tierra nevada.

Cuando del día quedó solo una raya anaranjada sobre el suelo de la cocina, Justa y Eladio montaron el arbolito. Lo habían fabricado con ramas secas y cintas de colores durante la primera

Navidad que pasaron juntos, en ese momento en que la tripa de Justa estaba hinchada y el aire cálido olía a futuro.

Eladio acomodó lo que quedaba del árbol en un rincón, sobre una caja de madera. Justa empezó a colgarle las esferas de vidrio soplado, una por una, con un cuidado casi maternal. Ya quedaban muy pocas. Con los años, varias se habían roto ante la impaciencia de unas manos regordetas, que al principio solo alcanzaban las ramas más bajas. La Navidad anterior, sin embargo, esas mismas manos habían colocado la estrella de cartón dorado en lo más alto del pino, sobre las cabezas de Justa y Eladio.

La mujer terminó de colgar unas figuritas de paja que había trenzado cuando sus dedos eran más ágiles y no había que reservar el forraje para alimentar a los caballos de quienes partían al frente. Después, ambos lustraron sus zapatos y los colocaron al pie del árbol. Eladio encendió una vela cuyo brillo mortecino les recordó a una luciérnaga cansada.

Ambos rezaron y pidieron un deseo.

Pero cuando abrieron los ojos, la carta seguía sobre la mesa, con el mismo apellido garabateado sobre el papel. La abrieron y su aliento se congeló al pronunciar el nombre que había alumbrado sus sonrisas dieciséis inviernos antes de aquel.

Derrotados, los dos ancianos dejaron la vista fija en el suelo, en ese espacio donde solo había dos pares de zapatos en lugar de tres.

Y el frío se quedó junto a ellos, haciéndoles compañía hasta que amaneció, al fin, el día de Navidad.

Esther Gonzalo Redondo

PEINETA

El chico estaba de pie frente al edificio, justo en la esquina donde comenzaban las persianas de mis abuelos. Una pierna doblada, el peso en el talón, la otra extendida hacia el bordillo como un ancla sucia. La cabeza ladeada, no por descuido, sino en un gesto casi ceremonial, atento al golpeteo de la orina contra la pared recién encalada. El sonido no era vulgar: tenía un ritmo preciso, punzante, idéntico al que produce una aguja al recorrer los surcos de un disco antiguo.

Del pantalón medio bajado sobresalía un trozo de piel blanda, sin convicción, que no lograba nombrar del todo. No pensé en genitales ni en vergüenza. Me vino, en cambio, la imagen de una hucha de loza rota, esas que mis compañeras del colegio llamaban “la calva del padre”. Pero la imagen no alcanzaba: aquello no era cómico, era otra cosa. Una ofensa muda. Una forma nueva de desprecio.

Mi padre se detuvo a un par de pasos del chico. No demasiado cerca. Lo justo para que no pareciera una amenaza, pero tampoco indiferencia.

—¿No has visto que esto es una casa? —le dijo. El chico bajó la vista a la mancha fresca en la pared, como si no recordase haberla dejado.

—No hay baños por aquí —contestó, sin levantar la voz.

—Tampoco hay establos.

—No he hecho ningún destrozo.

—¿Ah, no? Entonces eso de ahí debe ser decoración.

El chico terminó de subirse la cremallera. Se colocó el cinturón con una sola mano. La otra la dejó colgando, tensa. Miró un instante hacia el portal, como si esperase que alguien saliera a intervenir, a darle la razón.

—¿Vive usted aquí?

—Viven mis padres.

—Ah.

Se hizo un breve silencio. Un silencio de esos que no se llenan, ni falta que hace. Un perro ladró a lo lejos, sin convicción.

—No lo sabía —añadió el chico.

—Pues ya lo sabes.

Mi padre se metió una mano en el bolsillo del abrigo. La sacó enseguida. A veces no sabe qué hacer con las manos cuando está demasiado quieto.

—Tampoco es para tanto —dijo el chico.

—Para ti no.

—He dicho que lo siento.

Mi padre no respondió. Dio medio paso atrás. No había nada más que decir, y eso los dos lo entendían.

El chico se giró un poco hacia la calle, como si fuera a seguir su camino. Mi padre esperó un segundo, después se dio la vuelta y volvió al coche donde estábamos esperando mi madre, mi hermano y yo.

Entró, cerró con suavidad. No dijo nada mientras se sentaba. Solo miró un instante el retrovisor, luego bajó la vista al volante, y al agarrarlo soltó el aire por la nariz. Tenía las mejillas encendidas. Murmuró entonces, casi sin voz pero con todo el cuerpo apretado:

—Cerdo.

Yo aún tenía los ojos fijos en el chico, que ya caminaba calle abajo, sin prisa. El torso recto, los brazos pegados con una firmeza que no parecía casual. Movía los hombros con la economía exacta de quien sabe medir el peso de cada paso. No miraba atrás. No tenía por qué.

El silencio que se quedó en el coche no era de los que calman. El coche se puso en marcha. Las ruedas giraron despacio sobre la grava. Nadie hablaba y la calle empezaba a borrarse detrás de nosotros.

Yo miraba la parte trasera del asiento de mi padre. Sus hombros aún tensos, el cuello rígido, parecía que la discusión no había terminado del todo. Mi madre tenía la vista clavada en la ventana. Con una mano se frotaba el anillo del dedo anular, una y otra vez.

Entonces lo dije:

—Papá... te ha hecho un gesto cuando te has girado. No levantó la vista.

—¿Qué gesto?

—La peineta.

El coche se detuvo sin brusquedad, pero de forma definitiva. Como si algo que ya estaba decidido solo necesitara ese pequeño empujón.

Mi madre giró la cabeza. No me miró a mí, lo miró a él.

—No —dijo, apenas audible. No era una orden; era el reconocimiento de algo que ya había pasado demasiadas veces.

La puerta del conductor se abrió. Mi padre bajó. Esta vez sí cerró con fuerza. El coche vibró ligeramente.

Caminaba con una velocidad nueva, distinta a la de antes. No era prisa. Era otra cosa, algo más concentrado, más ciego. El abrigo se le abría a cada paso.

El chico no estaba lejos. Seguía en la misma acera, de espaldas, encendiendo un cigarrillo. Tenía los hombros relajados, el cuello despejado. No se volvió en ningún momento. Sin darme cuenta, un dedo ya se había separado en mi mano. Lo junté mientras apretaba todo mi muñón. No quise mirar pero mi tozudez pronto se dio por vencida y miré.

Mi padre llegó hasta él sin embargo a mí las palabras no me llegaron. O no las recuerdo. Creo que entonces el silencio se estiró de más. Solo vi cómo se detuvo a escasos centímetros. El chico levantó la vista. Tardó en reaccionar. Fue como si no entendiese por qué alguien que ya se había marchado volvía ahora. Mi padre hizo un gesto. El chico respondió con uno más corto. Algo se tensó entre ambos.

El primer empujón fue seco, apenas un desplazamiento. Después, el brazo de mi padre subió, torpe pero decidido. El cuerpo del chico retrocedió medio paso, luego avanzó. Vi el movimiento del

hombro, un giro rápido, una mano que bajaba como si quisiera empujar el suelo hacia dentro.

En el coche, la puerta del conductor aún se agitaba como si no pudiera cerrarse del todo.

Mi madre seguía con la mano en la boca, pero ahora no se tapaba los labios. Se los frotaba, despacio, con dos dedos. Un gesto automático, de quien intenta borrar algo que ha dicho o que ha oído.

Mi hermano se había quedado inmóvil. Tenía el cinturón cruzado sobre el pecho, pero la espalda separada del asiento, le ardía la duda de quedarse o huir. Miraba al frente, pero no veía nada.

Yo me recogí las piernas. Notaba el latido detrás de las rodillas. —¿Por qué has dicho eso? —preguntó mi madre sin mirarme. No contesté. Tenía la lengua pegada al paladar. —¿Lo viste? —insistió, más bajo.

Asentí, pero fue como si lo hiciera otra persona. Lo vi. O tal vez quise verlo.

Mi madre me sostuvo la mirada apenas un segundo. Asintió despacio, dibujando en mi una mentira que no salva. No había furia en su cara, ni siquiera decepción. Solo un reconocimiento, como si de pronto entendiera algo sobre mí que nunca había querido ver.

—Bueno —dijo—. Pues ya está.

Volvió la cabeza a su sitio. Cerró los ojos un segundo. Exhaló con fuerza, por fin se permitió soltar algo que llevaba años aguantando. Un alivio frío. En mi casa los hombres actúan y nosotras calculamos el precio.

Mi hermano giró la cabeza hacia mí. Tenía los ojos brillantes.

—¿Está papá bien?

Me mantuve callada esta vez también.

A lo lejos, un golpe seco. Luego otro, más hueco. Después, nada. Mi madre no se movió. Apoyó la frente contra la ventanilla. El cristal se empañó al instante.

Bajé los pies hasta la alfombrilla. Pensé en abrir la puerta y salir corriendo, pero no moví un músculo. Me miré las manos. Una de ellas seguía formando, sin querer, el gesto.

La peineta.

La cerré con fuerza.

En ese momento entendí que lo que acababa de decir iba a quedarse conmigo siempre. No porque fuera mentira. No del todo. Sino por el eco que iba a instalarse y porque, en algún lugar de mí, muy hondo, deseaba que pasara algo.

Y pasó.

José Ignacio Hernández

OPIO AZUL

I

Luis

Nunca tendría que haber visto a Luis aparecer esa noche por el pasillo. Salir del ascensor y doblar justo para ver su sombra recortándose hacia mí, como si alguien le hubiera dicho que a esa hora, esa noche, él me vería y me hablaría por primera vez. Nunca. Nunca debí apurarme para entrar en el ascensor y besarme con la vecina del quinto. Pero Luis me vio y caminó hacia mí: yo sé que ustedes cenan de noche, dijo, me gusta escucharlos.

Yo no estaba bien de plata; cada mes que pasaba me dejaba menos tiempo para escribir. Pero el pedido no estaba tan fuera de lugar. Un plato más no traía nuevos gastos y una cena de tres siempre es mejor cuando dos no se hablan. Entramos y llamé a Silvina:

— Él es Luis.

— ¿Y quién es Luis? — dijo.

— Luis, el vecino de acá al lado, el silencioso. Siempre te elogiamos

porque no hacés ruido. Tenemos problemas con la de arriba, con la del quinto.

– Un gusto, Luis. No sabés lo bien que nos caíste siempre y eso que no te conocíamos.

– Un gusto,...

– Silvina, soy Silvina.

– Me dice que le gustaría quedarse a cenar con nosotros, que no cocina y le gustaría...

– No sé si saben pero me encanta escucharlos, cuando hacen ese arroz, no sé qué le ponen...

– Ah, el guiso de azafrán – dijo Silvina – mirá cómo te diste cuenta.

– Es la única noche en la semana que puedo dormir bien – dijo Luis –. Cuando cocinan ese guiso.

– Bueno, váyanse un rato de la cocina así empiezo.

– Vamos, ella también tiene sus secretos.

La puerta de Luis estaba pegada a la nuestra, formaba una esquina al final del pasillo. Los guardias nos decían que tenía el departamento más grande del piso. Nunca antes lo había visto en persona, ni siquiera en el ascensor, en el piso de la basura, en el lavadero o en el estacionamiento. Ese día habíamos quedado con Silvina que en la noche comeríamos el arroz.

– Esto es lo mejor de la semana, ¿azafrán me dijiste que tenía?

– Sí – respondió Silvina – no, en realidad le pongo un reemplazo

que me enseñó mi mamá, más barato. Amor, ¿me ponés vino?
Luis, decime, ¿a qué te dedicás?

– Soy escritor y...

– Yo también – interrumpí.

– ¿Sí? Mirá, de haber sabido...

– Sí pero tengo otro trabajo durante el día, estoy un poco estancado. ¿Qué escribís? Tenés pinta de escribir mucho...

– Ja, ja, no, de hecho estoy un poco estancado también. Estoy investigando sobre un tema, empecé hace unos años... venía bien... ahora me está costando encontrar evidencias nuevas.

– ¿Y qué es lo que investigás? – dijo Silvina – ¿se puede saber?

– Estudio personas videntes.

– ¿Videntes? ¿Cómo? – pregunté.

– ¿Como Nostradamus? – preguntó Silvina.

– Un poco más contemporáneos pero sí, algo así, Baba Vanga, Gushterov, Briggs, eh, Cayce, muchos.

– ¿Y... por qué...?

– Estoy siguiendo, más que nada, la historia de los escritos robados de ciertos videntes. Hay un grupo muy reducido, curiosamente son los más importantes, que dejó muchos escritos después de morir y...

– ¿Y eso qué...?

– Y que fueron robados, todos, apenas murieron.

– ¿Estás rastreando los textos robados? Amor, ¿vino? Servile a él también...

– Venía bien – siguió, sin responder – gracias... había dado con un vidente local, que murió hace poco. El Facha Motarda le decían. En la escuela era “el tigre blanco” porque su mamá le remendaba toda la ropa con hilo del mismo color. Uh, no saben. Tenía visiones cuando soñaba. Se lo podía ver todas las noches en una esquina, en el centro. Le preguntabas lo que quisieras, él siempre te escuchaba apoyado sobre la moto, campera de cuero, una rodilla desnuda por el jean descosido, ahora sí, siempre lúcido. No te aceptaba ni un cigarrillo siquiera. A mí nunca me dijo nada, apenas me le acercaba él sabía a qué iba. Yo igual caía todas las noches.

Así pasó un año, más o menos. Ya no le hablaba, lo espiaba de lejos. Una mujer lo veía seguido; después supe que era la esposa. Me mudé a este edificio para estar más cerca de esa esquina. Estuve a punto de bajar los brazos, no tenía ningún indicio nuevo, no había podido averiguar dónde vivía. Nada.

– ¿Pudiste...?

– Hasta que una noche – me interrumpió y me asustó la manera en que empezó a hablar – una noche llego y veo la moto sin el Facha. La esposa estaba tirada en el piso, llorando, dando puñetazos. Yo le pedía, decía, le pedía que dejara a esa gente, que era peligrosa. Logré que me diera el domicilio del Facha y corro lo más rápido que puedo. No estaba lejos pero igual ya era tarde. Yo sabía, yo sabía – clavó el índice en la mesa y rebotó un tenedor – que este era el tipo de videntes que tenía escritos. El departamento olía a vómito, o pis de gato, no sé, tenía un cuarto todo revestido con estantes. No había un solo papel. Todo había sido vaciado, eso era obvio.

– Traigo más vino...

– Pero hubo algo – Luis me tomó del antebrazo y me impidió levantarme de la mesa – en ese departamento hubo algo que los saqueadores no advirtieron esa noche.

– ¿Qué? – preguntó Silvina.

– Un baúl. Estaba bien escondido, detrás de un placard. Un baúl lleno de billetes. Eran millones en billetes que decían ser argentinos. Hasta tenían cierto desgaste por el uso. Pero no se parecían a ningún billete argentino, histórico o actual, que hubiera circulado jamás.

– Era plata de mentira, imaginaria – dije.

– No, querido. Esa plata se usa, circula y vale más que la nuestra.

– ¿Dónde se usa, entonces?

Luis revolió el último cono de vino en la copa y dijo:

– Ojalá nunca tengas que conocer a las personas con las que usarías esa plata – se llevó el vino a la boca.

– ¿Y qué pasó con la chica? – preguntó Silvina.

– Nunca dije que era una chica – Luis y Silvina se miraron –. Supe que ella lo había dejado mucho antes de que todo esto pasara. Se cansó de vivir con miedo. El Facha trabajaba para esa gente, o esa gente lo usaba, no sé. La cosa es que no podía equivocarse con ellos. Cualquiera sabe que las visiones no siempre son fáciles de interpretar. Es fácil caer en un error, o leer muy antes de tiempo. El Facha leyó su propia muerte y ni siquiera se dio cuenta. Esa gente lo torturaba, muchas veces lo dejaron en coma. La mujer se

escapó y se fue a vivir con otro. Al poco tiempo volvió a verlo en la esquina todas las noches.

– Una mujer devota – dijo Silvina.

– Yo no lo podría haber dicho mejor.

– ¿Y el cuerpo del Facha? – quise saber.

– Puf, se evaporó. Increíble. Mirá que he investigado. Lo limpiaron de la faz de la tierra.

– ¿Y toda esa plata? – insistí – ¿qué pasó?

– La plata azul – respondió Luis, pensativo – yo la llamo opio azul, por el uso que tiene y lo que le hace a las personas que la manejan. Somos cada vez más infantiles. Siempre extrañamos a Dios, por eso queremos ser dioses. Antes nos bastaba dar la vida en la guerra para sentir que éramos héroes. Hoy somos más voraces. Le damos palabras a las máquinas, como si fuéramos creadores, con la esperanza de hacer algo nuevo que nunca será nuevo, ni significativo.

– No entiendo... ¿por qué opio azul?

– Porque se usa para traficar inteligencias, entre otras cosas.

– Mm, Luis, ¿tenés familia? ¿Estás en pareja?

– Sil...

– Está bien, está bien. Te lo digo de esta manera: antes miraba el precio de los preservativos para hacer chistes en mis grupos de amigos. Tenía miedo de que alguna vez me preguntaran y yo no supiera ni dónde se compran. Después, más o menos desde la muerte del Facha, ya no me importa seguirles el precio ni mostrar

mi ignorancia sobre ellos.

– El diablo siempre vuelve a pedirnos demostraciones – agregué –, como si se olvidara de las cosas.

Luis me miró y dijo:

– Como el buen viejo que es...

II

MMC

Las cenas siguieron y mi trabajo me hacía llegar cada vez más tarde. Después de unos meses empecé a perderme la mitad de las conversaciones. Una noche estaban comiendo otra vez el guiso de arroz:

– Está igual que siempre – dije – pero tiene algo distinto, está increíble, ¿qué le pusiste? Ella no me respondió pero alcancé a ver cómo se miraron con Luis:

– No... ¿le pusiste azafrán?

La noche siguiente no volví a comer. Cuando llegué, Luis ya no estaba.

– Puedo lavar yo, Sil, andá a dormir...

– ¿Dónde estabas?

– En el trabajo, ¿no te avisé acaso?

– Sí, claro...

– ¿Cómo?

– Encima no encuentro el cucharón de la mamá, ¡no lo encuentro! ¡Carajo! Es lo único que me queda de mi mamá...

– Bueno, tranquila, ya aparecerá...

– Ah, sí, menos mal que llegaste justo para decírmelo. Todo con vos es así... va apareciendo, cae y aparece, ¿viste?

– Callate, caradura, ¿y vos? ¿Qué hacés poniéndole azafrán al tarado ese?

– ¿Qué te molesta? A mí no me callás, ¿entendiste?

– ¿Y? ¿Vos pagaste el puto azafrán? ¡No, querida! ¡Yo lo pagué! Capaz que el hijo de puta este te robó el cucharón...

– ¡Es culpa tuya! ¡Imbécil! ¿Qué más querés que haga? ¡Carajo!

– Bueno, dejá de romper las cosas, por favor, ¿qué querés que haga yo? ¿No ves la hora a la que llego?

– Mañana le decís al tipo ese que para él no cocino más. Tampoco para vos, ¡ahora te vas, imbécil! ¡No te quiero acá!

Tuve que decirle a Luis que no viniera más. Se mostró un poco incómodo al principio. La excusa de que mis horarios dificultaban las cosas pareció convencerlo. Hay algo que me preguntó en un momento y no supe responder. Decidí quedarme unos días en el departamento donde guardo las herramientas de mi trabajo. No recuerdo haber pasado en ese lugar ni una noche siquiera. La primera vez que amanecí ahí sentí un olor a encierro desagradable, como el vómito y el pis de gato del Facha Motarda. ¿Qué le preguntarías a un vidente? Esa pregunta me golpeaba el pecho,

¿por qué tuvo que hacérmela? ¿Habría adivinado que la sola idea de acercarme a alguien así me produce espanto?

Todos somos adictos a lo desconocido. Despegamos la cabeza de la almohada para creer que estamos a salvo, que el sueño ha terminado. Y no hay nada mejor, tengo que admitirlo, que seguir durmiendo, con los ojos pegados a ese brillo azul en la noche y, por qué no, hasta me gusta vivir entre el vómito y el pis de gato. Todo con tal de no ver esa luz temprana que me dice es hora de hacer las cosas que no quiero hacer. Que no quería haber hecho.

Silvina me llamó una noche, desesperada. Eran cerca de las cuatro de la mañana y me pidió que fuera a verla. Cuando llegué estaba terminando de hacer las valijas. Me dijo que podía volver, que ella se iba a vivir con la hermana. Alguien había entrado en el departamento mientras dormía. Así no podía seguir, me dijo. Respondí algo, no recuerdo bien qué, la vi de pronto gritando, temblando, apuntándome con el Buda de hueso. Después me vi apretándole el cuello con las manos. Yo no quería que se fuera, no así. Pero tuve que dejarla ir...

La noche siguiente invité a Luis a cenar. ¿Qué pasó con Silvina?, es lo primero que me preguntó.

— ¿Whisky?

Chasqueó los dedos y dijo:

— Tomarás whisky en conmemoración mía.

— Amén. Estás animado hoy.

— No sabés — habló casi en secreto —, encontré la pista de un

depósito.

– ¿De un vidente nuevo?

– No, no, encontré el depósito, ¿y la Sil, no va a venir a cenar?

– Está en lo de su madre, viste cómo es, ¿un depósito?

– Sí... con hielo, por favor, gracias. Si llego a dar con este lugar... no sé...

– ¿Cómo lo encontraste?

– En mi archivo está todo – siguió, sin responder – es el mejor trabajo que hice, le puse *mi mejor cuento*, ja, ja, ¿qué te parece?

– ¿Mi mejor cuento?

– Tiene un toque de añejo... agradezco que pusieras esa música, no soporto los escritores que se la dan de rockeros...

– Amén.

– Y a volver a casa con olor a jabón chico – chocamos los vasos –. Cambiando de tema – dijo –, o volviendo al tema, ja – tomó un sorbo de whisky, agitó los hielos y volvió a tomar–, ¿sabías que la esposa del Facha se llamaba Silvina, no?

– ¿Y? ¿Tu pregunta es acaso una forma de decirme que estás al tanto de eso?

– ¿De qué? No, no sé...

– ¿Qué querés, Luis? Decime qué querés.

– Mirá, te voy a dejar esto en claro... – me miró, con la boca abierta.

— ¿Luis? ¿Estás bien?

Empezó a atragantarse, se le hincharon los labios, sus ojos despidieron un líquido amarillo. Con una mano levantó el vaso como para tirármelo en la cara. Pero el esfuerzo fue en vano, perdió el equilibrio y se cayó de la silla. Supe que agonizaba, podía escucharlo a pesar de la música. En algún momento, los sollozos se aplacaron, se perdieron en una última erupción de saliva. La música terminó, me levanté y caminé hacia él. Palpé en sus bolsillos un juego de llaves.

Es verdad lo que decían los guardias. Tiene un departamento impoluto, cuatro veces más grande que el mío. La cocina está adelante, hay una fuente alta con forma de flor de loto en el centro. Por un pasillo se llega a las habitaciones. Casi todas las paredes cubiertas con bibliotecas. A los pies de su cama, el baúl. No me costó encontrarlo, siempre supe que si él lo tenía, ese sería el lugar donde lo guardaría. Lo guardaría y no tocaría ni un solo billete. Sobre los fajos azules había una carpeta que decía: MMC.

Le di la carpeta a mi editor, le dije que ese era mi mejor cuento. Lo demás es innecesario, como la sentencia que hoy firmó el juez Versa, declarándome culpable. Yo nunca leí el escrito; por lo que me dijeron, es una declaración de Luis en mi contra, donde me acusa de matarlo a él, a Silvina y a la vecina del quinto piso. Todo es mentira, es un cuento. Pero mi editor pensó que debía terminar en manos de un juez. Mi único trabajo era recuperar el baúl. Me habían prometido una buena paga en opio azul por hacerlo. Si la policía no hubiera llegado justo cuando lo llevaba al depósito — no sé quién me delató —, lo hubiera conseguido. Cuando esa sombra, Luis, apareció por el pasillo, yo ya era su presa. La rara presa, irrefutable, del deseo de escribir.

Mónica Menargues Beneyte

DOS PÁJAROS NEGROS SOBRE LA NIEVE

La cabeza de la mosca
choca frente al cristal seis
veces. La angustia me
sobrepasa como una piscina
desbordada. En el
psiquiátrico las ventanas
están cerradas.

Ingreso

Veintidós de diciembre, todo blanco. Dos mujeres entran a la habitación y gritan: «¡Vamos a la ducha!». Son las siete de la mañana. Nunca me ducho por las mañanas porque mi cuerpo siente más el frío, pero esas mujeres de batas blancas no me dan a elegir. Echo un vistazo alrededor de la habitación y veo tres camas. Entro al aseo y descubro que no hay pestillo, ni espejo, ni mueble de baño. Me ducho sin saber si en algún momento entrará alguien más al aseo. Mientras cae el agua sobre mi cuerpo encogido lo recuerdo todo: la ambulancia, el guarda de seguridad, las enfermeras del turno de noche, el sonido de llaves abriendo y cerrando puertas.

Salgo de la habitación, no sé adónde ir. No hay señales. Nadie me dice nada. Por inercia, sigo una cola de gente hasta el comedor. Allí conozco a Jaime.

Lleva una bandeja con un vaso de leche y un sobre de ColaCao, una magdalena embolsada y siete pastillas de diferente tamaño. Me dice:

—Puedes sentarme conmigo.

Jaime es alto y delgado, como un oso hambriento. Sus ojos son verdes como el agua muerta de los estanques.

Hasta que no coincidimos varias veces en el comedor y en las salas de reposo no comenzamos a hablar. Jaime quiere morirse como yo. La vida le ha defraudado y es el alcohol lo que lo mantiene vivo. A ninguno de los dos nos importa nada. Dentro de nosotros hay un sentimiento eterno de pesimismo.

Cuando lo veo por el hospital una inesperada ola de esperanza recorre mi cuerpo. Junto a él, mi dolor para.

Cuando me informan de que mi estancia en el hospital se alarga, Jaime me dice, ahora tendremos todo el tiempo del mundo para ver florecer las violetas.

El jardín

Jaime y yo pasamos las tardes corriendo por el jardín. A veces, otros internos se animan a correr con nosotros. Los enfermeros no se oponen, dicen que así dormiremos mejor. Mientras corro, me subo el camisón para que todos me vean. Jaime dice que tengo el cuerpo de una niña. No me importa parecer una niña, pero quiero que Jaime me vea como una mujer.

Por las mañanas no salimos al jardín porque hay entrevistas con los médicos o actividades programadas. Normalmente Jaime y yo pasamos la mañana mirando por la única ventana que no tiene rejas, a veces nos sorprendemos al ver pasar un avión y sentimos miedo.

Los enfermeros nos han visto besándonos y el director nos ha llamado al despacho. Dice que las relaciones entre pacientes están prohibidas. No contesto. El director me da miedo. Jaime es mayor que él, y lo sabe. Le ha dicho:

—Señor Grande, tengo cincuenta y siete años, no va a venir usted a decirme a quién tengo que besar.

Jaime me agarra de la cintura. Antes de salir grita para que lo escuchen en todo el pabellón:

—¡No lo podéis matar todo!

Es la primera vez que Jaime me agarra de la cintura. Mi cuerpo cruje como una hoja seca al cerrarse en una mano.

Con el fin de semana llegan las visitas, Jaime y yo estamos solos. Él lleva tanto tiempo interno que nadie se acuerda de él. Yo les he pedido a mis familiares que por ahora no vengán a verme. Jaime me coge de la mano y dice:

—Quiero hacer el amor contigo.

Su ternura me excita. Aprovechamos que las estancias quedan vacías y entramos a su habitación. Con el temple que le caracteriza me quita el camisón y pega su cuerpo al mío. Me dice:

—¿Por qué te gusto?

—Porque eres la persona más normal que he conocido en mi vida y a mí me gustan las personas normales.

Queremos amarnos, pero la medicación es más fuerte que nuestras ganas y quedamos desnudos sobre la cama, mirando un techo despintado de color rosa palo.

Jaime es el único que me ha preguntado cuánto he sufrido por mi enfermedad.

Las tres heridas

Agarrada a la verja de la puerta de entrada, grito a pleno pulmón: «¿Alguien quiere entrar a hacerme compañía? ¿Nadie me escucha? ¡Os invito a todos a entrar a este abismo!». Impulsado por un viento negro, Jaime llega corriendo y me lleva de allí. Me dice:

—Cállate o los enfermeros vendrán a pincharte.

Nos sentamos en el único banco del jardín sobre el que cae la sombra y me agarro a sus manos. Un gato blanco se cuela en el jardín y husmea nuestras piernas.

—Jaime, ¿es verdad que fuiste el primer paciente de este hospital?

—Así es.

—¿Y te has enamorado de muchas pacientes?

Jaime me mira con unos ojos que destellan veteranía.

—Y también de alguna enfermera. ¿Tú no te has fijado en ningún médico?

—No, Jaime, a mí los médicos me dan miedo.

Sonreímos con sencillez.

—Jaime, ¿saldremos juntos de aquí?

—Cielo, yo no saldré nunca de aquí. Mis padres han muerto y mis amigos me han olvidado, pero a ti aun te queda mucho tiempo por delante.

—Si no es contigo no quiero irme. ¿Si morimos a la vez estaremos juntos para siempre?

—Si morimos se acaba todo.

— Si salgo de este hospital, también.

—Ven conmigo. Vamos a mi habitación.

Con paso ligero atravesamos el jardín exterior, recorremos la planta del comedor, y subimos las escaleras en dirección al pabellón de hombres. Cuando llegamos la puerta está cerrada.

—¡Estoy harto de que cierren las habitaciones por las tardes!

Nos sentamos fuera, estiramos las piernas sobre el suelo frío y nos besamos. El sabor del litio y del antabus se entremezclan.

Vestidos con el mismo pijama, a lo lejos no se distingue quién es él y quién soy yo.

—¿Quieres que lo intentemos de nuevo? —me dice Jaime.

Mi cuerpo tiembla —no sé si por los nervios o por la medicación. Jaime me quita el pijama. Ve mis heridas, por primera vez. De rodillas, las besa una a una. Con voz suave dice:

Con tres heridas viene:

la de la vida,

la del amor,

la de la muerte.

Con tres heridas yo:

la de la vida,

la de la muerte,

y la del amor.

Le abrazo con fuerza y sin ella, y siento que dentro de él caben todos mis sueños. Hacemos el amor mientras anochece. Primero me quedo dormida yo; a él le llega el sueño mientras me mira.

El hospital queda iluminado por las luces de emergencia.

Jaime busca en el jardín un
pequeño ramo de flores
amarillas para mí.

Las guirnaldas

En el jardín, tumbada boca arriba sobre el césped, arranco la hierba y la guardo en los bolsillos del pijama. Aparece Jaime.

—¿Piensas hacerte una diadema de hierbas?

—Lo miro y rompo a llorar.

—¿Qué pasa? ¡Dime! ¿Por qué lloras?

—La enfermera me ha obligado a mirarme al espejo. Jaime, mi pelo parece el agua sucia de una fregona, mis labios están tan blancos como las salas de este hospital y mis ojos todavía guardan los restos de somníferos.

Jaime me abraza, guardo mi cabeza en su axila como un pájaro.

—Yo pienso que luces como si tuvieras el sol en la cara, donde vas la luz te sigue.

Jaime peina mi pelo mate, busca algo en el pijama y saca unas guirnaldas.

—Toma, son para ti.

—¡Cuántos colores! ¿De dónde las has sacado?

—Son de la Navidad pasada, las guardé cuando los enfermeros me obligaron a recoger el decorado del hospital.

Saco la hierba de los bolsillos y las guardo.

—Jaime, llevas saliva en la comisura de los labios.

—¡Joder! matar a alguien es un delito, pero llenarlo de pastillas hasta que parezca un inútil... eso aquí es normal.

—Jaime.

—Dime.

—¿Estamos aquí porque hemos perdido la razón?

—No cariño, lo que nosotros hemos perdido es la esperanza.

—¿Por qué la gente piensa que somos peligrosos?

—Porque están confundidos, verdaderamente a este lado estamos los que tenemos miedo.

—¿Sabes lo que más detesto de este hospital? El olor constante a medicamentos. Me da náuseas. ¿Qué detestas tú?

—Los gritos de la gente, ¿los escuchaste anoche?... Esta mañana te escuché riéndote con la psicóloga, eras tú, ¿no?

—Sí, era yo. Me preguntó por mi estancia en el hospital, le dije: ¿Qué hospital? ¡No existe tal hospital! ¡Todo es una invención de usted y sus amigos los bata blanca!

Reímos relajados.

—Jaime, ¿te puedo preguntar algo?

—Dime.

—¿Por qué bebes tanto?

Jaime me agarra en sus brazos.

—Bebo para poder hacer la cosas del día a día y para convertir lo grande en pequeño, como la soledad.

—A mí, Jaime, los borrachos siempre me parecieron gente bruta, pero tú no.

Suena la sirena. Nos levantamos y caminamos hacia el comedor cogidos de la mano. Jaime cree que la dulzura es necesaria para sobrevivir en este hospital.

—Jaime, ¿te parezco feliz?

—No, pero me pareces maravillosa.

Jaime me dice que nunca volveré a estar sola con mi dolor.

Confeti en el suelo

Han apilado las mesas en la pared y las sillas del comedor forman varias filas. Los invitados visten un camisón o pijama y llevan un puñado de confeti en la mano. Un interno dirige la boda. «Jaime, ¿quieres recibirla como esposa, y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y, así amarla y respetarla todos los días de tu vida?». Jaime me mira. Nunca lo he visto tan feliz. Contesta: «Sí, quiero». Continúa: «¿Quieres recibir a Jaime, como esposo, y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y, así amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?». El silencio se extiende por la sala. La luz de mis ojos está a medio gas. Jaime nota que viajo a otro lugar.

—¿Qué te pasa? Dime. ¿Qué pasa?

Jaime me acaricia la frente.

—Está nevando.

—No cariño, no nieva.

Me coge de la cintura y gira mi cuerpo para que vea el atardecer a través de las ventanas. Una luz azul ilumina el comedor.

La ceremonia continúa.

«Yo, te recibo a ti, Jaime, como esposa y me entrego a ti, y prometo serte fiel y amarte y respetarte todos los días de mi vida». Los pacientes se levantan y lanzan el confeti que, sin fuerza, cae al suelo antes de llegar a los recién casados. El director, de pie en la puerta, aplaude.

En ese instante entran los auxiliares con el carrito de la comida y los medicamentos: risperdal, menestra de verduras, ácido valproico, pan embolsado, zyprexa y pera. Jaime y yo nos sentamos presidiendo la mesa nupcial.

Tratamos de evitar el tema, pero finalmente Jaime dice:

—Ha llegado la hora —sus ojos tiemblan como el agua en una piscina en enero—. No puedo creer que sea tu última noche aquí.

Continúa:

—Te las arreglarás fuera, ya verás.

—¿Y qué haré si salgo de este hospital y descubro que me quiero morir?

Jaime contiene una angustia que no cabe en el hospital.

—¿Qué es lo que más miedo te da?

—No lo sé. Darme cuenta de que mi lugar está dentro de un hospital.

Se acerca y dice:

—Nunca he conocido a nadie como tú, creo que podría hacerte feliz, pero tendría que ser dentro de este hospital, y tú debes intentarlo fuera.

Nos besamos sin mover los labios.

Jaime cubre su boca con una servilleta. El grito no sale.

Las ocho de la mañana, ninguno de los dos hemos podido dormir. Sola, me dirijo hacia la centralita. Allí está el director y la enfermera. Me devuelven la ropa con la que ingresé y me acompañan hasta la verja. Vuelvo la mirada a la habitación de Jaime. La luz de la mañana me molesta como el disparo de una cámara con flash. «Vente conmigo Jaime, por favor», digo en voz baja. Jaime me mira desde la ventana.

A lo lejos, el aleteo de unos pájaros.

Jaime reserva sus
sorníferos para mis noches
de insomnio.

La visita

Son las diez de la mañana, frente al espejo me subo las bragas y me pongo el imperdible. Elijo un vestido blanco para no llamar la atención. Me pongo dos horquillas doradas a cada lado del pelo y me acerco al espejo para dibujar el delineado de ojos. El pulso me falla, aunque esta vez no es por el litio. Me siento en el sofá para hacer tiempo, el televisor está apagado. Cuando veo mi reflejo en la pantalla siento repulsa. Miro el reloj, es la hora.

—Perdone, ¿cuál es la parada del hospital?

—¿Qué hospital? ¿El manicomio?

—Sí.

—La tercera después de esta.

Estoy cansada, llevo varios días sin dormir.

Jaime me espera en la sala de visitas. Lleva un pijama nuevo y una gorra roja. Me quito las horquillas y corro hacia él sin pararme ante el resto de los compañeros que también quieren saludarme. Nos abrazamos con el calor de un volcán activo. Salimos al jardín. Sentados en el banco, me coge las horquillas de las manos y me las pone en el lado izquierdo de mi pelo.

—¿Cómo es tu vida en la ciudad?

Lo miro. Tardo unos minutos en contestar.

—Me paso los días pensando en cuándo podré venir a verte.

—¿Ya tienes amigos?

—No, todavía no, pero tres días a la semana voy a la unidad de rehabilitación de agudos y cada quince días a terapia.

—¿Cómo ves el mundo ahora que estás fuera?

—Lo veo pequeño, del tamaño de un ataúd. El médico dice que si trabajamos juntos podremos hacerlo más grande. Luchar todos los días contra mis propios pensamientos Jaime, es agotador.

—¿Cómo te ha ido a ti?

—Cuando te fuiste pedí que me aislaran. Tu marcha se convirtió en un vacío que no sabía cerrar. Conforme pasaron los días el vacío se convirtió en un abismo que no tenía suelo ni cielo.

Dejo caer mi cuerpo sobre el suyo.

—El hospital tiene cosas buenas, Jaime. Aquí puedes ser como realmente eres, nadie se sorprende si te comportas de forma extraña. Pero fuera..., es distinto. Todos siguen normas que no entiendo. Y lo peor es que todos parecen felices, menos yo.

Jaime me mira. Cuando lo hace con tanta ternura, sus ojos verdes se aclaran.

Son las ocho y media, en unas horas sale el autobús. Jaime me invita a subir a la habitación con la aprobación de los enfermeros que miran hacia otro lado.

Una vez en la habitación, sentada en la cama, busco nuestra sombra en la pared, pero no la encuentro. Jaime me quita la ropa como si abriera un paquete frágil. Primero me sube el vestido hasta las caderas, luego desata el imperdible y las bragas caen al suelo.

—Tengo miedo de que te cures y no vengas a verme al hospital.

—Lo que me pasa a mí no se cura. ¿Quieres saber un secreto?

—Sí.

—Jaime, tú eres la única persona que existe en mis dos mundos.

Jaime se quita el pantalón del pijama y se pone encima de mí. El movimiento es tan anestésico como los ansiolíticos. Acaricio una a una sus vértebras y rezo al dios de los enfermos para que por favor no se suicide antes que yo. Abro mi boca y llega la sangre blanca. Después el silencio.

Le pido a Jaime que me regale un dibujo. Lleva tanto tiempo sin salir que pinta todas las ventanas juntas, las habitaciones una encima de otras, las copas de los árboles en el suelo... A mí me pinta a su lado.

El testimonio

Suena el teléfono, no me gusta coger el móvil cuando estoy en la calle, pero es mi enfermera de referencia.

—Hola, Carmen. Estoy paseando como me dijiste. Luego comeré sopa —como todos los días— y después..., no sé. Ahora no recuerdo lo que pone en la hoja de rutina.

—Haremos una charla en el hospital en dos semanas, está dirigida a internos, familiares y personal sanitario, queremos que subas con nosotras a compartir tu testimonio.

—¿Qué testimonio, Carmen? ¿El testimonio de que ingresé por intento de suicidio?

—No cielo, tu testimonio de superación.

Cuelgo el teléfono. En mi cabeza se repiten las palabras: testimonio de superación, testimonio de superación, testimonio de superación. No sé qué es eso.

Dos semanas después.

Subo las escaleras con el papel que he escrito sobre mi testimonio. Una vez sobre el escenario, me acerco al director y le digo al oído:

—He cambiado mi testimonio de superación por mi testimonio de sufrimiento. Director, he cambiado mi testimonio de superación por mi testimonio de sufrimiento. El director no me responde.

Mi enfermera me presenta, me da el micrófono y me sitúo en el centro. Levanto la vista de los cables. Debe de haber más de cien personas. Busco a Jaime: sigue aplaudiendo, aunque la sala está en silencio. Digo en voz baja: «Jaime, te quiero». El micrófono repite mis palabras en toda la sala.

Comienzo:

«Hola, soy... Bueno... No trabajo en este hospital. He estado ingresada durante seis meses y quiero dar mi testimonio.

Todos los médicos que están aquí conocen mi enfermedad, pero ninguno cuánto duele. Fuera de aquí, la mayoría de las personas piensan de nosotros que somos extraños o especiales. Rara vez nos definen como *normales*. Y quizá tengan algo de razón: este dolor que sufrimos no es normal.

Nos esforzamos en actuar como si no pasara nada.

Como si la enfermedad no existiera.

Como si las crisis fueran puntuales.

Aunque en cada crisis esté el fin.

Llevamos nuestra enfermedad en silencio, sin ruido ni escándalo. Y, aun así, muchos dicen que exageramos o que queremos llamar la atención.

Hoy quiero dejar algo claro: los prejuicios hacen que nuestras vidas sean más difíciles.

Llevo unos meses en la calle. Y veo que se habla mucho de salud mental, casi siempre para hablar de ansiedad o depresión. Las enfermedades mentales graves siguen siendo motivo de burla y desprecio. Constantemente escucho: este parece un bipolar, es un esquizofrénico, como si solo fuéramos eso.

También dicen que somos violentos.

La incompreensión, el estigma y el prejuicio nos aíslan más y el aislamiento nos lleva a la soledad y a la desconexión.

A veces nos comportamos de forma extraña, sí es verdad. Pero a veces vosotros también lo hacéis.

Cuando mi cabeza se quiebra me duele mucho, y ese dolor es tan real como el olor de una cocina grasienta.

Es como si alguien escarbara mi cráneo y lo pusiera todo patas arriba. Como si, de pronto, bajaran las persianas de un comercio y la luz quedara fuera.

Con las crisis, mi pensamiento se desgrana, y el lenguaje se vuelve algo imposible de afrontar.

La confusión llega para quedarse. Y con la confusión, la desorganización física y mental.

Dentro solo queda desconexión.

Exclusión.

Pensamiento acelerado.

Pensamiento desacelerado.

Inestabilidad.

Borde.

Abismo.

Subsuelo.

Me paso la mitad del año medicada, y la otra mitad, sobremedicada. Los fármacos no me curan y me mantienen cansada, somnolienta, sin chispa.

Miradme a los ojos. ¿Veis cómo los ansiolíticos han matado cualquier brillo?

Ya voy a terminar.

Algunas personas sienten fascinación por las enfermedades mentales. A mí me fascinan las personas normales. No sé cómo lo han conseguido.

Gracias».

Cuando termina el acto, Jaime y yo nos vamos a su habitación. Su compañero nos deja a solas. Nos acostamos en la cama y, con sus dedos, Jaime desenmaraña mi pelo. Miro hacia la ventana. En el

alféizar hay un naranjo plantado en una maceta. Me pregunto cómo sobrevivirá en un lugar donde hay tanta tristeza. La luz del atardecer se mezcla con el verde de las hojas. Respiro el calor de la habitación y siento que hace una temperatura perfecta.

Valeria Moya

EL LEGADO

Por si una noche decide devolvernos lo que se llevó, la Vida le entrega a la Muerte las almas como regalos que no puede conservar.

Ella las recibe sin preguntas, una a una, aún tibias de latidos, y las atesora con cuidado. No las devora: las nombra. No las reclama: las acepta. No las olvida: las ordena en estantes de silencio. Porque en cada alma aún ve el temblor de una risa, la culpa que no supo pronunciarse, la nostalgia de una caricia... La Muerte escucha sus cantos recordando aquellos momentos en los que la luz brillaba más.

Porque sabe que su tarea no es quitar, sino custodiar. Custodiar el recuerdo del tiempo, por si alguna vez la Vida llama a su puerta y pide un milagro de vuelta.

Ashle Ozuljevic Subaique

EPÍLOGO, COFIA O PILORRIZA

Mi primera relación con las plantas fue vivir con mamá en una casa que por dentro parecía una selva. Un enorme gomero en la cocina, *chlorophytum comosum* en el comedor, de centro de mesa violetas de Persia; nomeolvides y alegríadelhogar en las esquinas de la sala, una rojísima *euphorbia pulcherrima* en la mesita del teléfono, lugar en el que me acodé cual bar de puerto durante toda mi adolescencia; siempre vivas intercaladas con plantas de temporada, orejas de oso y pensamientos que nunca supe distinguir, rodeando una *jubaea chilensis* en el jardín, cuyas paredes inaccesibles, eran escoltadas por jardineras y maceteros.

El resto de la vegetación no la supe identificar.

miento

Mi primera relación con una planta fue caerme patinando en la enorme casa de un tío político. Tenía seis años y yacía tendida en el suelo, descubriendo que se puede seguir viva sin respirar y que se puede gritar sin emitir sonido alguno. Mi boca formaba la palabra ‘mamá’; mis ojos miraban el cielo, recortado por un

cupressus macrocarpa que perfumaba el aire, alimonando, quiero recordar, las lágrimas que me caían sin llanto.

miento

Mi primera relación con las plantas fue una pequeña acacia en el patio interior de la vivienda de mis abuelos. Era tan pequeña que no la recordé sino cuando regresé, una década después, paseando, al barrio. Una vez que todos mis amores desalojaran ese sitio, al ver las raíces del árbol levantando el piso de madera, se acomodaron todas mis memorias, removiendo también mi suelo autobiográfico, inyectándole el aroma a aroma a esa infancia hasta entonces inodora.

Luego, todo lo quemó el incendio.

miento

Mi primera relación con las plantas fue una fotografía de mamá, papá y yo en ese antejardín rodeado de maceteros. Papá luce por única vez barba y bigotes. Una mano en la cadera y la otra en la cintura de mamá, que lleva una blusa ajustadísima al cuerpo curvilíneo y voluptuoso que no me heredó. La blusa tiene un estampado de flores pastel, rosas y violetas que tampoco me heredó. Yo aún tengo el pelo rizado sujeto por una cinta. Mi hermana, que no aparece en la toma, nacerá siete meses después.

miento

Mi primera relación con las plantas fue en casa de mi bisabuela. Me quedaba durante las tardes dominicales machacando hojas y flores en un mortero hechizo, para transmutarlas en perfumes que envasaba en botellitas de vidrio que en esa casa se coleccionaban no sé por qué. Mi alquimia funcionaba. El líquido perfumaba realmente a quien lo utilizara. Una parra enorme observaba esas secuencias que semana a semana repetía.

miento

Mi primera relación con las plantas fue caminar con mamá por el barrio. Ella llevaba una tijera en una bolsa, con la que cortaba patillas de rosas que luego plantaba en casa. Me enseñó a reconocer el tallo, el nudo y el entrenudo. Me enseñó el significado de ‘oblicuo’. Nuestro antejardín tenía una variedad de rosas impresionante. Yuxtapuesta está la imagen de mamá pidiéndole a papá que detuviera el auto y cogiera colasdezorro donde fuera que las viéramos. Nunca entendí por qué él acataba la petición y, sin importar las circunstancias, cortaba esos enormes tallos huecos coronados por espigas que se desplumaban, invariablemente, antes de llegar a casa.

miento

Mi primera relación con una planta fue caer embriagada al pasto del Parque Forestal, después de mezclar hierbas destiladas en mi boca y mi estómago. Era de noche y no me resistí al sueño que sentía. Escuchaba palabras como si vinieran desde otro mundo. Palabras que no me quitaban el frío ni me sacaban del letargo. Eso

ocurrió cuando llamaron a mis padres. Hasta el momento en que ellos llegaron, el césped me pareció la textura más suave que había palpado mi rostro púber.

miento

Mi primera relación con las plantas fueron las flores que nos fumamos en Sorata y que me permitieron distinguir los mil catorce verdes que verdean los pliegues altiplánicos. Ser uno con la naturaleza y todo ese mambo del que nunca pude regresar. Yo sigo recogiendo guijarros en Bolivia.

miento

Mi primera relación con una planta fue con el jazmín de tu casa, de la casa de la abuela Coca en Devoto. Recuerdo eso y el árbol que podamos mientras ella me miraba atónita manejando la sierra. Eso y la enredadera que cortamos también montados en el muro tan antiguo como la historia de tu familia. Eso y el jacarandá que me vio llegar a tu casa sin avisar que desde otro país había encontrado el modo de hallarte, tras veinticuatro horas de horrendo viaje desde la selva subtropical. El jazmín perfumó ese verano y las navidades siguientes. Recuerdo que en las esquinas de Capital Federal vendían ramilletes por un precio ridículo que te hubiese hecho rico en poco tiempo. También recuerdo que la falta de dinero nos unió, y que algo más fuerte e intangible, un viento invisible que soplaba desde dentro, nos separó. Todas las plantas de esa casa, me dijiste la última vez que nos vimos, aquí en Barcelona, fueron exterminadas.

miento

Mi primera relación con las plantas fue en calle Las azucenas, en mi casa frente al Pacífico. Los minúsculos espíritus de la naturaleza que nos visitaron ese verano cuando construimos la pérgola llenaron el jardín de brotes. Germinaron hierbas aromáticas y yerbas medicinales, hortalizas y flores.

Cuando te fuiste tuve que arrancarlas uno a uno, con las manos desnudas.

Entonces
comencé
a comer
plantas.

Juan Papasidero

MONÁSTICA Y SIGILOSA

El recuerdo en nube.

La memoria: un espectáculo anacrónico.

Ráfagas de luz. Todo es poco.

Nada cierra. Sed de lucidez.

No saber qué es lo importante.

Todo vaivén.

Volvía con la abuela del colegio. No es seguro, pero tendría menos de diez años. El reto eran apenas ocho cuadras de distancia. No sé cómo, pero nos perdimos. Dábamos vueltas redondas en calles cuadradas. En la metrópoli, las calles funcionan como pasadizos, laberintos zigzagueantes, cosa indescifrable, en estas latitudes, colonia mediante, el mundo es cuadrículado. ¿Una forma de venganza? ¿Un detalle piadoso? No lo sé.

Doce y diez del mediodía, sol en alto, humedad, siempre humedad. Hay un niño amarillo, con ropita de colegio bien y mochila a rueditas, perdido, a la par de una anciana igualmente desorientada. ¿Es acaso una metáfora de la vida? ¿La vida en sí, en su mismidad de siempre otra, no es, en último término, una rifa semejante, un juego de apuestas en el que primero naufragan los desprevenidos? ¿Cuántas veces pasamos por las mismas calles, volvemos a los mismos lugares, tropezamos con las mismas piedras y, aún a pesar de tanta confusión, nosotros continuamente otros haciendo lo de siempre? ¿Anciana y niño no son, al fin y al cabo, las mejores postales del tiempo, los dos cabos de la vida, esperanza y resignación? ¿Qué le puede decir ese niño a esa abuela, qué cosa útil, qué mapa, qué brújula, qué norte? Y esa anciana de rubios borrosos, de largos inviernos grabados en la memoria de la carne, astillada en la piel de los días, ¿qué puede, esa abuela, decirle a ese nieto, qué tranquilidad ofrecerle, qué luz, qué futuro, qué paz arrimarle?

Caminamos en redondel, avanzamos retrocediendo, parece el juego de la oca. No llegamos a ningún lado, circundamos, navegamos en el incierto paseo del éxodo (¿cuarenta años en el desierto? ¿setenta balcones y ninguna flecha?). La miro, ella me mira. Nadie dice nada, nadie se atreve a prometer, a asegurar lo que

no tiene. Sigue el calor, la humedad arrecia en los huesos. El niño se empieza a cansar, la abuela dice sin decir, mira y gesticula en el silencio de la confidencia. Empiezo a hacerme la idea de que habrá hambre para rato. El perro estará hambriento cuando finalmente lleguemos, si es que alguna vez llegamos. Escucho el eco, el hueco de la tripa resonando. Tomo el último resto de agua y siento al miedo caer sobre el alma como al pasto el rocío. Es la hora en que el sol, hinchado y huevo frito, dora la cresta de los que vagan perdidos. La miro, ella me mira. Sabemos que estamos mal, que no es por ahí, que quizá en la esquina anterior debimos, o que en la siguiente, sí, tal vez en la siguiente haya que doblar, o no. Cansancio: las cosas pesan más que antes. El niño piensa en Cristóbal Colón. ¿Qué le habrá dicho Colón a sus tripulantes cuando se dieron cuenta que no llegaban a las Indias, que no terminaban en ningún lado? ¿Era él un nuevo Cristóbal, y la abuela, una tripulante? ¿Así de mal estaban las cosas? ¿Cómo se fabrican consuelos con la esperanza por el piso? ¿Cómo se convence sin fe? ¿De dónde un hilo de calma del que tirar, cuando reina la incertidumbre, cuando la desesperación hace de las suyas? ¿A qué santo se le reza? ¿Cuál es el santo de las causas imposibles? ¿Cuál el patrono de los viajeros, la estampita para los náufragos?

Los cordones se me desataban. El círculo parecía interminable. La abuela no tenía las respuestas adecuadas; resulta que la vejez hace de las suyas y las personas pasan -lenta pero inexorablemente- del movimiento a la inmovilidad, a la falta de reacción. Trataba el niño de pensar en frío en el camino de cada día, en la ruta de casa a la escuela, y la abuela, envuelta en dudas, trataba de buscar un punto de apoyo, un Arquímedes desde el que reordenar el mundo. Pero eran doce y veinte y lo que nos rodeaba era caos, un mundo de certezas deformadas por el peso del tiempo. La volví a mirar y pensé en las escaleras móviles de un libro de magia, condenados para siempre a bajarlas y subirlas en loop. ¿Qué le íbamos a decir a los demás? ¿Volveríamos? De volver, ¿cómo explicar semejante desastre? ¿Con qué pretexto? ¿De qué sirven las explicaciones cuando la confianza se desfonda? Explicarse, justificarse, rellenar con razones etéreas un error sólido. Además, ¿a quién le iba a bastar? ¿Cuántos porqués se necesitan para desactivar el reproche y mantener la confianza a salvo de dudas? ¿Me volverían a dejar al cuidado de la abuela? ¿Alguien pondría las manos en el fuego por ella, por sus plenas facultades?

Finalmente llegamos a casa, tuvimos que pedir un remis.

Después, monástica y sigilosamente, la cabeza de la abuela fue poseída por el ángel de la demencia, el demonio del alzheimer. .

Genaro Senegaglia

NERIUM

I

El momento del año donde la región del lazio se torna más bella es durante la primavera. Las hojas de los bosques que cubren las colinas se tornan verdes, de esas mismas colinas nacen arroyuelos cargados de peces, en las llanuras las amarillentas flores de los arbustos atraen a las abejas y el pasto que los rodea es comido por ciervos y jabalíes. Si alguien sabía apreciar todo esto ese era Cayo Marsonio Plotonio, miembro de una de las gens más antiguas de Roma. Todas las primaveras venía a la villa que en este lugar tenía para disfrutar del paisaje; era su lugar en el mundo. La propiedad tiene varios años, el terreno fue comprado por el abuelo de Plotonio, Cayo Marsonio Bassiano, con el dinero que obtuvo luchando en el bando cesariano contra Pompeyo. Bassiano construyó la villa, luego fue heredada por el padre de Plotonio,

Cayo Marsonio Postumo, y luego cayó, antes de lo previsto, en manos de Plotonio.

Este año se lo veía más emocionado de lo habitual. Llegó a la mañana con tan solo dos sirvientes: Castor y Perterix, a los cuales ordenó que le quitaran el polvo a todas las habitaciones de la finca. Mientras los sirvientes limpiaban, Plotino entró al peristilo y luego caminó hasta llegar al jardín que se ubica en el centro de la casa. Este tenía el suelo decorado con un mosaico elaborado con piezas de mármol y piedras de colores que recreaban el rapto de Perséfone a manos de Hades; una de las escenas de los mitos favorita de Plotonio. A su vez, en el centro de este mosaico había un anillo de cantos rodados que rodeaban un árbol de Nerium. Sus pétalos blancos eran, a los ojos de Plotino, hermosos y más blancos que el mármol más puro. El pintoresco árbol había sido plantado por su padre antes de marcharse a Britannia por orden del emperador Claudio.

El día prosiguió con la limpieza del hogar, en la cual Plotonio ayudó a realizar a sus esclavos. Cuando la noche llegó, el dueño de casa sació su apetito con un variado menú que incluía codornices bañadas en moretum, lenguas de flamencos en vinagre, unas bolas de carnes llamadas por los tesalios Isicia Omentata y para

acompañar todo esto un buen vino de falerno. Satisfecho se dirigió a su cubícula y recostandose en su cama leyó la iliada. Aquella emoción y hambre tan fuera de lo normal se debían a que Plotino se encontraba nervioso porque esperaba un importante mensaje que venía desde Roma; ese mensaje podría marcar un cambio drástico en su vida. A medida que fue leyendo su mente se fue calmando, cerró sus ojos y logró hallar el sueño.

II

El canto de una corneja gris y un rayo de sol en su rostro, que entraba por una de las ventanas, bastaron para despertarlo a eso de las diez y media. Luego de vestirse desayunó en el tablinum leche con un poco de pan y se dirigió al establo para buscar a su caballo Elimos. Antes de montarlo, mientras le acariciaba el hocico, le susurro al oído su nombre; la voz de Plotonio sonaba amorosa y el animal, por los movimientos que realizó, parecía reconocerla. A lomos de este recorrió las montañas y planicies que decoraban la bella Lacio, aquel día era idóneo porque ninguna nube surcaba el cielo y el sol no estaba muy fuerte; en su travesía no hubo cerro sin escalar o arroyuelo donde no mojaba sus pies. A eso del mediodía los rayos del sol se tornaron más fuertes, entonces Plotino tomó la decisión de volver a la finca. Llegó acalorado siendo recibido por Perterix, al cual indicó que debía encargarse de alimentar e hidratar

al caballo. Concluidas las indicaciones Plotino se fue a su sala de estar y recostandose sobre un triclinio tomó unos vasos de vino para saciar su sed. La habitación se hallaba fresca, lo cual hizo que se durmiera hasta la hora de la cena; donde disfruto de un nuevo banquete.

Los siguientes días continuaron con las mismas actividades sin muchos cambios. Durante ese tiempo Plotino no recibió mensaje o información alguna, acrecentando su preocupación, hallando la calma solamente por medio de las comidas, las cabalgatas, las lecturas y el cuidado de su querido Elimos. Al octavo día se desató una lluvia torrencial que tomó por sorpresa a Plotino mientras recorría los alrededores de la villa. Cuando sintió que caían las primeras gotas emprendió el retorno a casa a todo galope. Estando a mitad de camino un rayo pulverizó un árbol que estaba a unos metros de él. Aquel estruendo asustó al caballo, cayendo este y Plotonio al suelo. En el proceso el noble romano se golpeó la cabeza desmayándose en el acto y el pobre caballo se lastimó una pata trasera. Para suerte de ambos a los pocos minutos del accidente, Pertinax y Castor los encontraron. Sucedió que una hora antes que comenzara la tormenta ellos notaron que el clima estaba alterando de una manera poco halagüena y que, por tal motivo, lo más prudente era buscar a su amo para que no lo atrapase la

tormenta; los aullidos de dolor del caballo ayudaron a que pudieran localizarlos. Castor llevó al caballo al establo y Perterix acostó a Plotonio en la cama de su cuarto para luego encargarse de su herida. El sirviente preparo un tradicional remedio celta que consiste en una pasta hecha con hierbas molidas que crecen en las laderas de las montañas. El remedio era una masa grumosa de color verde oscuro que al ser pasado por la herida logro disminuir el dolor y contribuyo a la posterior cicatrización. Al sentirse menos adolorido, Plotonio exclamó con debilidad en su voz que cuidaran al caballo; repitió esta directiva unas varias veces, cada vez con la voz mas apagada, hasta caer en un profundo sueño.

Los siguientes días el noble romano permaneció dormido bajo una fuerte fiebre. A pesar de estar acostado e inmovil su mente se mantuvo inquieta. Pesadillas de todo tipo se manifestaban en su inconsciente, haciendo que sufra , chille y, de vez en cuando, se retuerza. En una de ellas, la más frecuente, estaba en un lugar totalmente oscuro, pero donde podía verse a sí mismo. Deambulaba sin rumbo por aquel sitio hasta que veía caer en el suelo un enmarañado papiro. Al abrirlo veía, en el medio de este, un corazón rojo, aún latente y sangrante por sus aortas. Entonces, antes las mirada llena de terror de él, el órgano comenzaba a latir, con cada segundo esos latidos se tornaban más fuertes e

insoportables. Cuando parecía que su cabeza le iba a estallar la pesadilla concluye, volviendo todo a convertirse en penumbra y silencio o, en su defecto, comenzaba otro sueño.

En el cuarto día despertó, abriendo sus ojos lo primero que dilucido fueron las siluetas de Perterix y Castor que yacían parados delante de él. Mientras Perterix gritaba de alegría por su recuperación, Plotonio sentado sobre la cama y preguntó, con la voz algo entrecortada por el mareo, por su caballo. Perterix seso con su griterio y por unos segundo reino el silencio en la habitación. Los sirvientes se miraron el uno al otro y luego dirigieron sus ojos a su amo, que los observaba de manera inquisidora. Fue Castor quien le explicó que el caballo había muerto hacía dos días. La herida de la pata no se había logrado curar, lo cual provocó una infección que en el corto plazo se extendió a todo el cuerpo generando al animal cuadros febriles que acabaron con su vida. Cuando el sirviente acabo de hablar Plotonio quedó sin voz, abriendo la boca elevo las manos al cielo, en señal de plegaria, y cuando parecía que iba a gritar se las llevó al rostro, dando inicio a un llanto que solo pudo calmar Perterix cuando, caminando hacia donde estaba él y apoyando una mano sobre su hombro, le explico que lo mejor que podía hacer por Elimos era darle buena sepultura para que de este modo el animal

hallará el camino a la otra vida. Razonando que esto era lo mejor, Plotonio seco sus lagrimas y le pregunto a Castor donde descansa el cuerpo del corcel, este le respondió que había sido enterrado en el patio de la caballeriza.

El noble romano, lleno de energía, marchó hacia el lugar donde yacía Elimos. Desenterró el cuerpo sin importarle el estado de descomposición en el que se encontraba y con los debidos honores lo incineró y guardó sus cenizas en una urna al lado del templo familiar; Sobre la urna escribió “*Neptunus equester te sub palio protegar et laetitia impleat*”(Que neptuno ecuestre cobije tu alma bajo su manto y te colme de felicidad). Esa noche no pudo conciliar el sueño por pensar en su caballo. Entristecía su espíritu pensar que el animal pasó sus horas ultimas sin el, maldecía en silencio no haber podido estar para consolarlo en su sufrimiento mientras esperaba la llegada de Thanatos.

Además del sufrimiento por la pérdida de su corcel, a Plotonio también lo mortificaba que aun no llegara el mensaje, había pasado más días de lo previsto; lo cual generaba que sus nervios crecían más. Como no podía dormir decidió caminar por la casa. Después de unos minutos terminó por llegar al jardín principal, donde estaba, visible gracias a la luz de la luna, el Nerium. Se acercó a

mirando con detenimiento su majestuosidad y luego se recostó sobre él a mirar las estrellas. Observó cada punto blanco en el cielo nocturno, se preguntaba cómo vivían allí los dioses, si pasaban frío o calor. Se mantuvo en esta postura reflexionando largo tiempo hasta que el fresco de la noche y el rico aroma del nerium lo relajaron, incitando el sueño en él.

III

Permanecía el patricio sumido en un plutónico sueño cuando a primeras horas de la mañana Perterix lo despertó sacudiendo su hombro. Cuando el patricio abrió sus ojos vio el rostro de su sirviente, el cual mostraba en sus rígidos ojos claros signos de estar tenso. En el momento en que Plotonio entró en sintonía con el entorno, levantándose con dolor porque el suelo no resultó ser una cómoda cama, el sirviente le suplicó que se despabile y levante. Cuando noble romano inquirió a su sirviente la razón por la cual tenía esa actitud y le pedía tales cosas este respondió que hacía unos tres minutos, estando en la colina más próxima a la villa recolectando frutos para el almuerzo, en el extremo más lejano del camino que va al norte vio asomándose un diminuto punto que se movía a velocidad media que dejaba una estela de polvo a su paso. Intuyendo que podía tratar de la persona encargada de traer el tan deseado mensaje vino con desesperación a buscarlo.

Tan pronto como Perterix termino de explicarle Plotonio lo ocurrido este lo abrazo dándole las gracias y luego se dirigió a la salida de la finca a esperar al posible mensajero.

Pasaron los minutos y Plotonio no daba más de los nervios, a tal punto que se habia comido todas sus uñas. Llegó un momento donde parecía que nada sucedería, entonces Perterix exclamó en voz alta a su amo que mirase a su derecha. Al observar para el lado indicado pudo ver lo que parecía una persona montando un caballo castaño. Comprendiendo Plotonio que posiblemente estaba a unos segundos de recibir el mensaje por el cual tanto había esperado su corazón latió más rápido, todos sus músculos se tensaron, le sudaron y temblaron las piernas. Sin embargo algo imprevisto ocurrió. Los dos hombres observaron que el mensajero venía recostado sobre el caballo, en el momento en que estuvo cerca de donde estaban ellos salieron a detenerlo. Lo encontraron acostado sobre el corcel con su mano izquierda metida a la altura del estómago. Suponiendo que estaba dormido, Plotonio lo zarandeó; aquel movimiento hizo que el sujeto se desplomara en el piso. Lo que Plotonio y Perterix vieron los mortifico: el mensajero estaba muerto, su pálida piel, los ojos blanco y la heredia que

presentaba a la altura del vientre daban cuenta de ello, la herida, por su forma, debió ser generada con un puñal y a través de ella podían verse las entrañas del desgraciado.

Aquel horror hizo tambalear al aristócrata y gritar al sirviente, pero se mantuvieron fuertes y continuaron revisando el cadáver. Mirando mas abajo de la herida vieron el cinturón de cuero que sujetaba la prenda y mas importante que debajo de él se hallaba, mal enrollado y con manchas de sangre y mugre, un papiro. Con una mezcla de emoción y miedo Plotonio tomo el papel y con las manos temblorosas lo fue abriendo. Su rostro se ensombreció y le faltó el aire, el papel tenía dibujado una calavera; el plan había fracasado. Durante los últimos años Neron llevó el imperio a la anarquía, los patricios, asqueados de su obscenidad y depravación, fraguaron una conjura para poner fin al reinado del sucesor de Claudio. El plan consistía en lograr, por medio de algún sicario, dar muerte al emperador en el primer momento en que se presentara la oportunidad. En todo esto Plotonio cumplía el rol de “mecenas” al prestar el dinero y logística necesarios para llevar a cabo el magnicidio, logrado esto sus amigo cenadores lo eligieron como nuevo César.

Al ver Plotonio desmoronados sus sueños sintió que un vacío invadía todo su cuerpo, sin embargo, a los pocos segundos esta

sensación fue eclipsada por otra más fuerte y profunda. Una sensación punzante apareció en su vientre, el noble supuso, con toda probabilidad, que sus compañeros conjurados antes de morir fueron torturados para que hablaran, tal vez dijeron su nombre. Sabía que el castigo para delitos de esta índole era la muerte, si Neron fue capaz de matar a su propia madre y esposa embarazada que podía esperar a alguien como él; el hecho de imaginar lo que aquel actor frustrado podía tenerle reservado hacía palidecer su cuerpo de pies a cabeza.

Sin perder un minuto más, ordenó a perterix que alimentara y diera agua al caballo del difunto, mientras tanto el se fue a despertar a Castor; lo encontró dormido, al parecer inducido por los efectos del vino al juzgar por el olor que desprende su boca. Con unos golpes de mano abierta lo espabiló y explicó todo lo ocurrido, luego lo llevo afuera, le dio el caballo y le entregó una bolsa llena de denarios. Ordenó a Castor que con ese dinero buscara en el pueblo costero más cercano matones que pudieran protegerlos y un barco; creía que tal vez podrían huir del lazio, desembarcar en Libia para luego escapar a Partia. Castor marchó a todo galope perdiéndose en el horizonte.

Plotino pasó el resto de la mañana y la tarde preparando su equipaje. Llegada la noche se inquietó, Castor tardaba demasiado, ya tendría que haber vuelto; el pueblo costero más cercano estaba a 10 kilómetros.



Llegada la mañana del otro día, cuando asomaban los primeros rayos de sol, el joven patricio despertó. Luego de desayunar dirigió sus pasos hasta llegar a la entrada de la finca, mirando en dirección por donde Castor se fue. Pasado unos minutos, acalambrado por estar de pie, Plotonio se recostó en el suelo. Cuando parecía estar harto de estar en la entrada escucho, a lo lejos, pisadas de caballo. De un sobresalto volvió a estar de pie.

Sin embargo, aquello que venía galopando no fue lo esperado. Lo que se acercaba, a lomos de un caballo, era un pelotón de diez legionarios encabezados por un centurión. El cuerpo de Plotonio, de un solo golpe, fue conquistado por un miedo que enfrió su pecho. Los soldados rodearon al muchacho y el centurión, con los rayos de sol iluminando su phalera, arrojó a sus pies una bolsa; lo hizo con tanta violencia que al caer en el piso salió rodando de ella el objeto que guardaba. Plotonio contempló con horror que el objeto que guardaba la bolsa era la cabeza del desaparecido Castor.

Tenía los ojos abiertos de forma grotesca con la boca abierta y la lengua hacia afuera, como si cuando le cortaron la cabeza hubiera hecho un último esfuerzo por tratar de tomar aire. El centurión le explicó que interceptaron a su sirviente cuando éste subía a bordo de un barco rumbo a Sicilia.

Terminada la explicación el centurión bajó de su caballo y desenvainó su gladius. Plotonio reaccionó de inmediato rogando a su ejecutor que se detuviera; pidió ser ejecutado en el jardín alegando que deseaba observar una última vez el cielo azul. Aquel legionario de rasgos firmes aceptó la petición asintiendo con la cabeza y con un gesto de su mano ordenó a los legionarios desmontar. Temeroso, traicionado y con pies temblorosos se dirigió Plotonio, escoltado por los soldados, a su lugar de ejecución. Al llegar se presentó Perterix, con lágrimas en el rostro y con una daga, jurando matar a todos los soldados si osaban herir a su amo. Antes que alguno de esos hombres lo matara, Plotonio se acercó a él para calmarlo. Tomando sus manos le sonrió y luego le dijo que debía alegrarse por su muerte, gracias a ella el se volvería libre; este entró en calma y tiró la daga al suelo. Apaciguado los ánimos del futuro liberto, Plotonio camino, solemne, hasta ponerse de rodillas frente al *nerium*.

No solicitó ser ejecutado en el jardín para ver desde ese lugar el cielo; en realidad él anhelaba algo más personal. Cuando su padre partió a Britania jamás regresó, cayó bajo las espadas y lanzas de los naturales de aquellas inhóspitas islas; dejando a Plotonio solo siendo aún muy joven. El único recuerdo que le quedó de su padre fue el nerium que había plantado días antes de marcharse. Cuando Plotonio supo lo de su padre, decidió hacerse cargo de los cuidados del nerium. Cada vez que lo regaba, que cortaba sus ramas y abonaba su tierra trataba de recordar a su padre: ¿que color de ojos tenía?; ¿como era su pelo?; ¿era alto o bajo?; ¿su voz era grave o aguda?. El nerium fue creciendo junto con Plotonio hasta aquel instante. Miro la belleza de sus flores y degusto su perfume. El legionario, otra vez, desenvainó su gladius, lo elevo y acompañado por un alarido de Perterix descendió sobre la nuca del patricio. La cabeza fue separada del cuerpo de un solo corte, la cual rodó hacia un costado, el torso cayó de frente. De la herida rezumo sangre como un río, la cual fue recorriendo los recovecos del suelo que había entre cada fragmento de mármol hasta llegar al nerium. La tierra sobre la cual estaba fue bebiendo sin cesar la sangre que llegaba desde el cuello. Cumplida la misión, los legionarios molieron a puñaladas a Perterix el cual, creyendo en el honor de aquellos hombres, no huyó ni bien tuvo la oportunidad. Acto

seguido los soldados del emperador incendiaron la propiedad y partieron.

IV

Pasaron los años, las décadas y las centurias, hasta que un día, sobre los restos de la finca y en el mismo lugar donde existió el nerium fue, con lentitud, creciendo uno nuevo. Durante los primeros meses parecía ser un nerium común como los demás, pero cuando terminó de madurar y llegó la primavera dio flores de pétalos rojos. Era un color que atrapaba la mirada de cualquiera, su perfume era embriagador como el vino. Los eruditos dicen que aquella planta se convirtió en el símbolo de los ambiciosos, no hubo general y político de Europa que no poseyera, en secreto, una flor de este arbusto especial. Alarico, Carlomagno, Ricardo corazon de leon, Carlos I, Soliman el Magnifico, el mismísimo Napoleon, todos ellos y muchos otros llegaron en las noches de primavera, sin ser vistos por nadie, a buscar estos pétalos que alguna vez supieron ser cuidados por Cayo Marsonio Plotonio.

Gerardo Vázquez Cepeda

INDISCRECIONES

Marta necesita silencio para poder dormir. En un piso compartido no es fácil. Si ese piso —que cuenta con buhardilla, así que técnicamente es un dúplex— además es un *loft*, la cosa se complica. Solo uno de los dos dormitorios puede cerrarse a cal y canto. El suyo da al salón y lo separa un biombo que apenas sirve para tener un mínimo de intimidad. Lo eligió porque no tiene pareja y si sale algún plan prefiere que sea en lugar neutral, por eso de evitar el compromiso y las persecuciones. Pero hoy Marta está agotada: lleva dos noches en vela estudiando, gracias al modafinilo. Ojalá hubiera aceptado también el orfidal, que le ofrecieron para contrarrestar lo otro, se lamenta ahora.

Sonia, su compañera de piso —aspirante a actriz— prepara una prueba. Se tira en el sofá y esparce por el salón los folios subrayados con amarillo y rosa flúor. Su amiga Raquel le sigue, fotocopias en mano y corrige. Marta querría pedirles que se encerraran en la única habitación con puerta, pero ayer pintaron y el olor es insoportable.

Tras servirse una tisana, decide subir a la buhardilla. Se accede a través de una escalera de caracol, que se puede retirar llegado el caso. La única luz entra por un ventanuco con manchas de humedad. Hace demasiado calor, porque carece de aislamiento. La propietaria la tiene llena de cajas, pilas de revistas y ropa en armarios de tela. Marta intenta abrir la ventana, pero está atascada, así que se quita la camiseta y se queda en sujetador. Luego extiende una colchoneta de yoga en un rincón y se tiende boca arriba. Su compañera le dice algo desde abajo, pero no la entiende. Esto la anima. Ahora, a pesar del calor, tiene el silencio que necesita. Acurrucada, cae dormida.

La despiertan unos pasos. Se escuchan con claridad. Se detienen, vuelven a sonar, vuelven a detenerse. Les sigue un eco, casi una reverberación. Debe proceder de una vivienda colindante. Marta abre los ojos y presta atención. Se desvela. ¿Quién será? ¿Por qué ese ritmo casi ceremonial? Imagina un escritor trabajando en su estudio, las buhardillas son espacios que atraen a los bohemios. Lleva un rato buscando ese giro que su novela necesita y se le resiste. Por eso ha optado por levantarse, para airear las ideas. Mientras pasea, fuma un cigarrillo. Ensimismado, deja caer la ceniza al suelo...

Marta agita la cabeza y mira el reloj: apenas ha dormido una hora. Está alerta, siente sus nervios en efervescencia. Afina el oído y de abajo le llega el rumor de sus compañeras, hay risas, jolgorio. ¿Habrá llegado alguien? En un piso compartido siempre hay personas de paso. Está tentada de bajar y ver quién es. Fija la vista en las irregularidades del techo, busca telarañas. Trata de centrarse en su respiración, para olvidar el ruido, pero los pasos siguen con regularidad. Quizá sea un bailarín, marcando los tiempos con la música, que no llega a oír. A Marta se le cierran los ojos al compás

del paseante, uno, dos, apenas una rendija entre los párpados, tres, cuatro, se le dobla la cabeza. Piensa en un hipnotizador, al chasquear los dedos se pondrá a clocar o perderá la movilidad de un brazo.

De pronto, el ritmo de los pasos se acelera, es una pequeña carrera, un trote. Oye lo que parece una puerta al cerrarse. Eso la confunde, ¿no coinciden las buhardillas de todos los pisos? ¿O el ruido viene de otro edificio? Ahora oye otro par de pies, su impacto es más fuerte y punzante. Deben ser unos zapatos de tacón. El escritor ha recibido una visita. O quizá no es escritor, sino un marido infiel. Aunque se puede ser ambas cosas. Marta ahora cree que el conteo de antes era una tensa espera. De ahí la carrera precipitada hacia la puerta y el regreso a la habitación, interrumpido por pequeñas pausas. Marta imagina besos apasionados.

Trata de dormir pero aunque el ruido de las pisadas desaparece, continúa alerta. Ahora estarán tumbados en la cama o tomando una copa. Ella habrá traído una botella de champán o un whisky de malta.

Quizá Marta ve demasiadas películas, al menos el tipo de películas donde la gente bebe, charla y fuma cigarrillos antes o después de hacer el amor. Hay otro tipo de películas en las que el escritor estaría ya con los pantalones por los tobillos o ni siquiera tendría pantalones. Marta no puede dormir porque de un momento a otro espera oír la sinfonía de muelles, suspiros y exhalaciones, el tan-tan del cabecero contra el tabique. Ella no tiene cabecero y además siempre puede uno ubicarse de otra manera en el colchón, buscar una postura donde follar no parezca un trabajo de albañilería. Una vez conoció a un chico que gruñía

como un caballo, por más que ella le tapaba la boca. A Sonia, porque en aquel piso se oye todo, le dio por reírse y a ella también y el otro se lo tomó bastante mal.

Parece que el escritor es silencioso. Son una pareja infiel con sentimiento de culpa, de ahí la falta de gemidos y golpes. A Marta, pasada la emoción inicial, se le nubla la vista y cabecea.

Le saca del sueño un chillido. Se incorpora y mira la buhardilla en penumbra. Abre la trampilla y desciende por la escalera de caracol. El salón está vacío, toca en la habitación de Sonia, llama a Raquel. Parece que se han ido y está sola. Bebe un buen trago de agua de la nevera y vuelve arriba, se dirige al mismo rincón donde estaba durmiendo y pega la oreja a la pared. Parece un médico con un fonendoscopio. Percibe vibraciones extrañas, zumbidos, la vida interior de los tabiques, una vida de cañerías, cables eléctricos, roedores y cucarachas. El ruido de una botella contra el piso le hace dar un respingo. Escucha con claridad el impacto. El escritor o el amante infiel debe estar moviéndose, arrastrando el cuerpo de ella. Marta no sabe ubicar la vivienda contigua. Ahora cree que está en el lado opuesto del bloque, porque en su pasillo vive una anciana con su madre aún más anciana y no tienen buhardilla. Le cuesta visualizar la configuración del edificio, por eso estudia Derecho y no Arquitectura. Marta se deja caer en la alfombrilla de yoga, se acusa de tener demasiada imaginación, solo por haber escuchado un aullido, que pudo ser el punto culminante de un orgasmo. La botella rodando por el suelo señalaría el fin del primer acto, ahora los amantes dormirán plácidamente, mezclados sus efluvios. Después vendrá una ducha, otro coito de pie, contra la mampara y al fin la despedida, apresurada, fría, como son todas las despedidas en la vida real. O

romántica y apasionada como son en las películas que ve Marta. En las otras películas, las despedidas no entran en el guión.

Marta golpea la pared sin pensar. Oye el taconeo, los zapatos de, supone, un hombre, que se acercan. Aquí estoy, parecen decir. Los pasos se detienen. Silencio. Marta contiene la respiración y acerca de nuevo la oreja a la pared, supone que él hace lo mismo y quizá están cabeza con cabeza. Con la oreja presionada contra el tabique el latido de su corazón es palpable. Cree que si habla, con los labios sobre el yeso, él podrá oírle. Pero, ¿qué le va decir y para qué? Permanece pegada a la pared, sin moverse, hasta que nuevos pasos se acercan. Respira con alivio, en la habitación contigua sigue habiendo dos personas, enteras al parecer. Le parece oír el rumor de una conversación, pero no distingue palabras. Con sigilo baja a la cocina, coge un vaso de cristal y regresa a la buhardilla. Apoya el vaso en la pared, no sabe dónde lo ha visto, pero funciona. La conversación de sus vecinos se amplifica, mueve el vaso hasta que en un punto de la pared es capaz de distinguir algunas palabras. Parece una conversación banal. Hasta que distingue algo parecido a “nos escuchan”. Se queda helada, aparta el vaso, que se le cae de las manos y rebota contra la tarima. No se rompe, pero el ruido es casi un estallido en mitad del silencio. Ahora hay un revoloteo de tacones, le sigue un golpe en la pared, tal vez una palmada fuerte. Marta se queda en el suelo, agarrándose las rodillas. Se siente un poco culpable. Teme que el vecino iracundo localice su pise, eche la puerta abajo o llame a la policía.

Movida por un presentimiento, Marta corre hacia la puerta y encaja su ojo en la mirilla. Puede ver el pasillo combado, desierto. Cuando ya se retira, oye el chasquido de las luces y aparece al fondo una figura que avanza con lentitud. Lleva un traje gris, con la chaqueta sobre los hombros. Camina con esa cadencia que Marta

cree conocer. Se detiene frente a una puerta, se inclina, hace al amago de llamar al timbre, pero luego avanza. Marta no sabe si está del todo oculta, si a través de la mirilla hay algo que delate al mirón, el reflejo de su pupila o un rayo de luz bajo la puerta. Está en tensión, no se atreve a moverse, ni a echar la llave.

El hombre se acerca a su puerta. Pasa la mano por el marco y luego se sacude el polvo de los dedos. Llama al timbre. Marta pega un salto y grita sin querer. El hombre retrocede, mira nervioso a ambos lados y se aleja. Marta, atenta sus movimientos por la mirilla, está sudando y tiene un nudo en la garganta. Abre la puerta y trata de articular algo. El hombre se vuelve. Tiene unos cuarenta años, cabeza rasurada, las cejas espesas y negras. Una barba de tres días, pero tan cerrada que parece dibujada con carboncillo. No se había fijado antes, pero sostiene un maletín. Se acerca a Marta y le muestra una tarjeta colgada del cuello con su fotografía, más joven y mejor afeitado, su nombre y apellidos, su número de identificación. Le pide la última factura de la luz.

Solo entonces Marta repara en que está en sujetador. Balbucea que no es la propietaria y va a cerrar, pero escucha con claridad unos tacones. El comercial clava la vista en la frente de Marta, sin bajar un ápice. Ha pasado por muchas situaciones incómodas, y sabe que ser recibido por una mujer en ropa interior no es la mejor manera de lograr un contrato combinado de luz y gas. Un paso en falso y puede verse en problemas. Así que retrocede, disculpándose. Marta le ignora, frunce el ceño, se concentra en el ruido de los tacones. ¿De dónde viene? Se lanza al pasillo, descalza. El comercial la esquivo y escapa escaleras abajo. Una anciana, con un perrito en brazos, está frente al ascensor. Lleva un abrigo de visón y huele a perfume. Lleva tanto maquillaje que parece la hubieran enharinado.

—¿Todo bien, señora?—pregunta Marta.

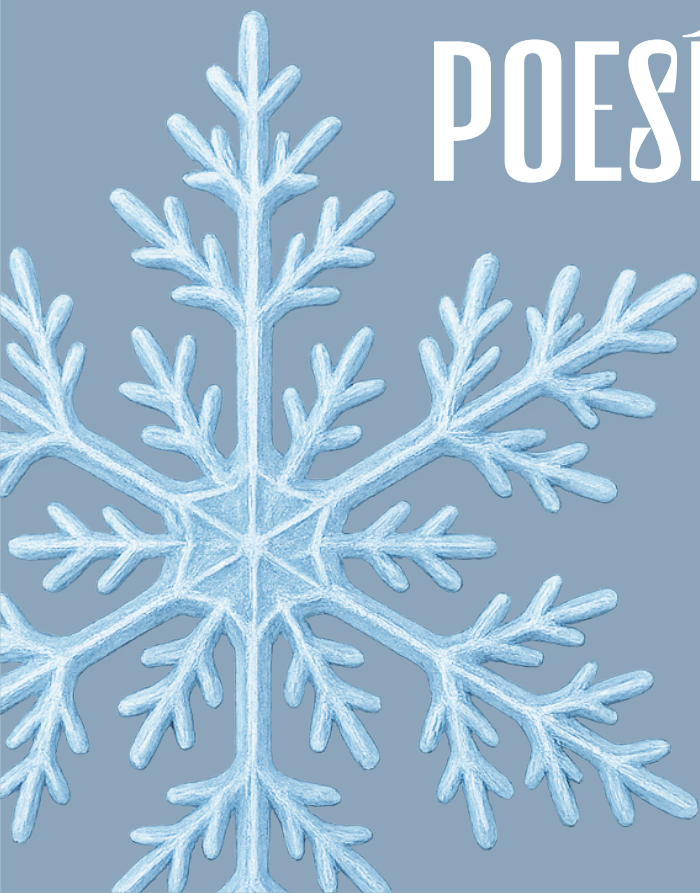
El perro, un chihuahua, prorrumpe en un sonoro ladrido. La mujer le regaña.

—De maravilla. Salgo a pasear a Ricky. Disculpa sus modales, es un poco gruñón.

Después la mira de arriba abajo.

—Por cierto, las jóvenes de ahora os tapáis poco, ¿no?

POESÍA



Susi Abecasis

POR ACÁ PASÓ MAMÁ

I

Deshojaré la luna

en tu silencio.

Mariposas de seda

empanarán la tarde

de anaranjado.

Habrá astillitas

con ala y luz

en lo que

me queda

de nido.

II

Crear

no es más

que criar:

es como.

Mis manos

se mueven solas.

Deshacen

el chau

que nos quedó

goteando

en la puerta.

Hay ramitas

acolchadas

todavía.

Hay lucero,

cielo

ternura,
hay abrigo.

III

El ruido
de la marea
vuelve al puerto
donde mi niño
se exilia.

Estar sola
me traza
en los huesos
el olor
de lo incierto.

La voz
de la melancolía
no canta:
padece.

Ya no hay asombro,
casi
no queda
aire.

IV

Una salida
sin vos
es la mayor
de todas
las caídas.
¿De qué lado
de la soledad
me encontrarás
si das la media vuelta?

V

Tu voz
sale en línea recta,

camina
por tramos
trazados
de antemano.
Pierde su eco.

No hay luz
de día
entre los líquenes
ni seda
en el rincón
de las arañas.

VI

Busco mis plumas
en el viento.
Me quedo
en el nido

casi vacío,
con las miguitas
de pan
en una hilera
y las vocales
taladradas.

Laura B. Arola

ESAS OLAS

La culpa, la sangre y la forma de caerme
a la fragilidad donde sostenerme.

Ese mar cálido y poco profundo,
ese mar dulce,
donde mecerme, perdonarme,
suavemente curarme, rendirme.

Esas olas y ese centro
donde todo es posible,
desde donde todo acontece.

Llegar a mí y llorarme en las aguas,

seguir con la vida,
aguardándola estrecha, diminuta semilla,
aconteciéndola desde mis adentros,
ensanchándola en progresión sentida,
con el cuerpo en silencio,
musitando los sueños
que mi alma encarna.

Miguel Barba Castro

(I)

Cada vez
que él
le decía
que la amaba

la miraba
con un terror
inmenso
en los ojos

terror
que solo desaparecía
cuando ella respondía
y-yo-a-ti

((II))

¿Para qué mentirte?

Conduzco a veces con los ojos cerrados
como queriendo dejarme llevar
pero siempre en el último momento
siempre me arrepiento y
me desdigo y
me digo que
otro día quizás
otro día
vuelva a intentar mi muerte

((III))

El ejercicio poético de tomar una casa
y pensar que se está okupando un espacio mental,
intelectual.

Ese romanticismo extremo del que se piensa parte de la resistencia,
como si no estuviera ya derrotado,
colonizado él mismo.

Ser uno mismo la muerte de la cual intenta librar al mundo.

(((IV)))

Quizá no haya nada necesario

Entonces la búsqueda de la palabra
como una cesura entre aliento y aliento
esté justificada tan solo
por el feliz capricho de la luz en las cosas

F. Javier Cárdenas García

BOSQUIMANO

Cabría imaginar el bosque antes
de la ceniza, ennegrecer un tiempo
luminoso de pájaros que asumen
su canto por el mundo para amarlo
como lentos residuos de ballenas
dormidas en tu boca innumerable.

Asumes este rasgo paisajístico,
toda esta luminosidad distinta,
recuerdo que soñaste a cielo abierto
y tu mano ordenaba el ruido líquido
del pelo como un diapasón de nube.

La ceniza es un bosque y es un niño,
acoge todo cuanto has liberado
y cuanto permitiste envejecer,
jamás el fuego nunca fue culpable
de esta manera tuya de esconder una pérdida.

Carlos Dorado Castellanos

EN LA HORA COMPARTIDA

Crece la luz

y se hace orilla

y mi corazón abigarrado

es un mariposario de lágrimas vivas,

de agua viva.

Una bruma en la mar bituminosa

esconde la piedra en las ruinas de la locura

¿qué consuelo vela el azahar?

¡Ah! Pero su voz se ha aturquesado

en la lentitud del crepúsculo.

Qué hermoso baile de espejos

se reflejan en las formas de la tarde.

Aún me recuerdan tu mirar policromático

«El azul para el cielo;

el marrón para mi madre».

Pero ya tan solo miro desde lejos

—en verano— tu infinita arqueología

para no quebrar la fragilidad de la espuma

en la hora compartida.

Crece este silencio

y se hace mundo

y tus vértebras han despertado con el martirio de la noche

¿dónde estábamos entonces?

Quizá olvidamos el orden de las cosas:

«El pájaro a la fuente

y el amor a los labios...»

Quizá la costa encierre un manojo de acordes calientes

o un viril ramo de sangre

que acuesta sus tallos todavía;
hoy no ha amanecido,
la palabra no ha encuerpado.
Levántate y ven, camina conmigo hacia el umbral
te prometo un infierno musical
un sepulcro de esmeralda;
te prometo el mar delicado,
una medusa de hilos de oro
y una lágrima de san Lorenzo.

Paula Doce

DÍPTICO SOLAR

I

Todo te fue dado
en ese
desviarse
de la mano hacia el labio.
Bello en su concavidad, te entrega
el líquido fervor
—gesto de salud y de servicio.

Por qué resistirse al impacto,
la pureza animal
de esa gota cayendo.

El dedo la recoge y dibuja un rostro feliz.

Mantente erguido en ese instante
en el que se hizo mar tu hambre.

II

Te consagras al tacto,
a ese tiempo breve,
brevísimo,
en el que un surco y otro surco
hunden
sus relieves en la piel
y es apenas sentido.

Pero el rastro,
la huella de ese encuentro se eleva.
Y a su altura te consagras.

Mariana Finochietto

POEMAS DE PATIO

elandamioediciones, 2024

FUNDACIÓN

Para estas cosas

escribo:

para la lluvia que cae,

sin más certezas

que el peso feliz de su materia,

y para el pasto que aguarda,

con una sed antigua,

el milagro

del agua

y para el hombre

que miré hace días,
hermoso
en su tristeza.
Esas cosas
que mi memoria
pierde
entre los huecos de la tarde:
el olor del pan
y el pelo
de mi hija peinándose al sol.
Escribo
para que el lenguaje
me muerda
y me despierte,
para saber si estoy soñando,
para confirmar
que no estoy muerta.

Alonso García

OCTUBRE TIENE UNA AGUJA Y YO UNA GOTA DE SANGRE

Me gustan los cielos purpúreos
e imaginar que se caen encima de mí
o encima de la ciudad

[que es uno de
los lugares que
más duele]

Octubre lleva capa negra
y sus piernas están hechas de ramas secas
su cabello son las plumas del pájaro negro
sus ojos dos veladoras brillantes

[que alguien
olvidó apagar]

El despropósito que siento
son las hormigas llevándose
de a poquito un pan que olvidé comer
y quedóse en una esquina de la cocina

[no cumplió
su propósito]

Soy un llano vacío
de tierra sepia
que se va quedando
sin sus pájaros

[se van, se van
las aves a no sé
dónde]

De pronto también se van los osos
el río de la pesca se ha secado
queda solo un rastro fangoso
de lo que alguna vez fue

[secos los
llantos,
secas las
despedidas]

Mis manos sienten el peso
pero no llegan
no lo llevan
a ninguna parte

[la montaña
inmóvil
sobre los
brazos]

Pero han llovido
unas gotas apenas
cayendo de las estrellas
o quizás de algunas aves

[tal vez sí hay
propósito, tal
vez
recupere el río,
tal vez lleguen
más aves]

De las gotas se hará otro río
corriente con propósito
que lleve las gotas
de todas las tristezas

[y las tristezas
de las aves
serán las del
llano]

Julia Hermoso Romacho

La niña de los lirios
engendra en su vientre el cordero sagrado,
se sumerge en las aguas del espejo.
Flotando en el líquido blanquecino
no es más que un cuerpo a la deriva,
el río, una palabra ahogada
que murmura su porvenir:
La muerte apagará la leche de tus pechos.

Marcos Infantes

ME HAS TAPADO LOS OJOS

son tus palabras

mis nuevos pies

«dices que al fondo de granada existe un bosque cántico

donde pronunciar el amor es una fiesta de despedida»

varias veces tropiezo

con tus silencios

y de mi lengua

baja un río

de flores encogidas

pones en mi andar

un mote tierno

desmenuzo la flor
y coloco algunos
pétalos en las heridas
que brillan sobre tus dedos

no hay apertura
más acogedora
que tu boca herida

has dejado de hablar
de amor
hemos dejado
el corazón esperando
a una luz que no sabemos
de su color

Carles Márquez Molins

A UN SELENITA

Rostro extraño que no vemos jamás,
¿acaso sufres? ¿Acaso te duele
el alma como nos duele a nosotros?
¿Arde tu corazón en la tiniebla
o da lumbré a la propia luz, al sol
que nos ilumina y ciega como una
deidad inquebrantable, de fuego
y rayo? ¿O se esconde este entre la sombra,
en ese planeta oscuro que habitas,
donde rezas todas tus oraciones?
Di, extraño, la ciencia aguarda tu voz
y nosotros tu cuerpo y tu verdad.

José Javier Martínez Miñarro

EN LAS CUATRO PAREDES

En las cuatro paredes
las puertas tienen cierre,
vigilan a quien viene
con mirillas inertes.

En las cuatro paredes
cerré el exterior,
el ayer se rompió,
abrí ventanas verdes.

En las cuatro paredes
encontré el perdón

que nadie más me dio
en patios en que creces.

En las cuatro paredes,
no me siento observado,
juzgado o condenado,
yo decido si accedes.

En las cuatro paredes,
ya soy yo, me libero,
en un silencio austero
tejo en calma las redes.

En las cuatro paredes,
están los familiares,
están las amistades,
la emoción que requieres.

En las cuatro paredes,
hay retratos de vida,
hay historias nunca escritas,
libros para perderse.

En las cuatro paredes,
hay cafés bien calientes,
citas ya no pendientes,
la intimidad transgrede.

En las cuatro paredes,
sale el sol a toda hora,
cabe amor en la alcoba
en sábanas que enredes.

En las cuatro paredes,
los pájaros que trinan
las luces que se filtran,
las sonrisas que quieren.

Luciana Montebianco

TROPISMO

tropas de caballos salvajes

van volviendo

desbocadas

hambrientas

sedientas

hediondas

vienen volviendo

tropas de caballos salvajes

viniendo vienen
caballos salvajes en tropas
arreatadas

viniendo vienen
levantando polvo
rompiendo el aire

un rubor anaranjado
subraya el horizonte
bandadas de pájaros
se alzan en vuelos rasantes
el galope otra vez
a las puertas del pecho.

Nerea Pedraz Serna

UNA CENA CON DIDO

I

aquello que se deshila no regresará al telar
como el cántaro que vierte
los pétalos de leche en este prado que moras

elisa te llamo

elisa que suena a viento y a juncos

te llamo también con tu segundo nombre

asfódelas

pues vagas encendida con el cuchillo

aun en mano

señalando mi herida madre

II

cuentan los hombres que tu belleza
ardió en la leña que te vio amar
y ardió también el hierro y la fíbula

mar testigo abierto como la carne
de las voces que arrancaron
tres veces tu destino
del suyo como se arranca
la palabra de la fuente

mar testigo de la sal
que lamió tu ciudad prohibida
siglos más tarde del incendio
sal que deshiló las briznas
de ese canto olvidado

III

en aquella boca construisteis el lecho

donde hallar la granada madura

rubí a rubí la devorasteis

delirio sofocante de palmas doradas

caverna líquida y hambrienta

piel

de sol y plata

junto a la suave marea del cisma

anterior a la sangre

IV

te reconozco me confiesas

tus manos recogen

los curtidos obsequios del tiempo

te reconozco como reconocería

a cualquier esqueje que ardió
tus espinas rosa blanca
hirieron el tierno tallo
no las que las cercenaron

V

este racimo está exquisito
y el pan y las olivas y la danza
de lo que fue el palacio y la travesía
y el otro palacio
y la doma de la mansa res

cómo me has encontrado y
por qué me alimentas ahora

VI

reina madre

las voces quebradas que narraron tu historia

se guardaron algunos hilos para sí
y otros se perdieron en la arena

me iré pronto este
no es lugar para las vivas
pero quería honrarte quería yo
solo quería que supieras
que han pasado muchos siglos
y que tu nombre y el suyo
son casi un eco entre doctos

pero que te recuerdo
y entre los pámpanos
las adelfas y el azul del mar atávico sé
que la máscara cantó por ti
y así como sé del odio también sé del triste
destino de los tuyos
y sé del amor reina madre

sé menos que tú pero sé del rubro amor

disfrutemos del manjar

volveremos a encontrarnos

Sarai Portilla

I

Cae la tarde
y vuelvo a perderlo todo.

Muy adentro,
los límites del llanto se dilatan,

acaricio la incipiente herida,
la luz que se cuela por los bordes,

como si fuera mi deber
dejar que crezca.

Agustín Raposo Montes

DERRUMBE

La uña tantea la carne,
diminuta guadaña
en busca del punto exacto, preciso
donde realizar la incisión.

La uña dibuja el lugar,
la puerta por la que la carne cede,
el pilar maestro
que propicia el derrumbe.

Luego, la tala.

Luego, el desbroce.

Luego, remontar al origen,

deshacer la materia

hasta el centro del hueso.

Y, sin embargo, no.

¿Dónde el dolor?

¿En qué instante la grieta?

Adriano Rojas Castro

ÉLFICAS A EUROPA

ERIAL

Me hieren los rastrojos:

es invierno.

Nada espera la luz:

todo es silencio.

VIGILIA

Creo que es el efecto de estas noches.

Hay una niebla que surge de la nada,

solo en el río corre la brisa

y titilan las luces de la fiesta

como besos, el río, las olas

rompen en el malecón, contra los barcos.

Los rascacielos aguantan lo que sea:

no hay estado emocional que los someta.

Todo brilla y aun así la oscuridad

encuentra un camino hasta mi encierro.

No sé por dónde ha entrado.

Miraba desde lejos la inclemencia

y ahora la tengo dentro.

Leandro Salas

EN MI INFANCIA

en mi infancia
a la orilla de casa
construyo un barco
repleto de maderas heridas
lo echo a la calle
y me subo
unos metros -de ese recuerdo - me bastan
para sentir
que sigo huyendo.

Juan Carlos Sales

DE LA MASÍA Y EL PEÑASCO

Con nuestra soledad hemos subido
hasta el atardecer del verano,
y ha sido el último acaso, y el más feliz,
de nuestras inmensas vidas.

La agradable tarde que para otros llovía
nos incendiaba de vientos, y en el callado monte
no supimos encontrar más sol al que entregar
la impaciencia de nuestro poco tiempo.

Y fue solo en el instante que otros astros acudieron,
en el ocaso, a nuestra entregada soledad

cuando preguntaste por qué tenía estas cicatrices
en el alma sincera.

*Se suceden los jóvenes, pero hacia nosotros
camina, en la vereda de la noche, el fin,
y lo acogemos con agrado.*

*Porque todo aquello ya fuimos
y todo esto también somos.*

Durante el paso de la acequia estival
volvimos por fin de madrugada, genial amigo,
y cuánta tristeza de breves momentos observé
en torno a ese olor que no he olvidado.

Cecilia Serpa

cada una de las veces en que nuestros cuerpos
se trenzan, tropiezan
torpes de tanto deseo

cada una de las veces en que prolongamos
el roce, los músculos sienten
el vigor de la sangre
los dedos que rejuvenecen
las palmas iridiscentes

que en el fondo de nuestros ojos
asoma una pantera
lustrosa, el cuello erguido
pupilas carbón naranja

cada una de las veces en que nuestras bestias

se encuentran y proyectan una madriguera

nos decimos, cada una de las veces

cuidemos esto

nos prometemos

acariciarle el lomo al animal

Marianela Tiranti Gattino

TURBULENCIAS

A veces
la sensación es
como de aguas turbulentas.
No porque las cosas salgan mal
sino
porque no se sienten bien.

Paloma Vega Centeno

UMBRÍA

«¿Resistimos acaso para recordar las viejas calles?»

H. D.

Me parece sumamente violento

extirpar el vínculo

de una cría con su nido

someterla

ponerla a vista de todos

mientras su guarida se seca

de tanta espera *y aún más*

más insoportable sería

dejar que pese lo que pesa un fardo
hacer de ella una carga
retirar la cáscara de huevo
embargar su tesoro.

¿Por qué, mundo?

¿Por qué tan cruel con nosotros?

Por qué tan cruel en la ciudad
pero más en los campos
donde restalla la rama del sauce

en una ráfaga

las vetas ya no reconocen la espesura,

los grandes

se negaron a escuchar los trinos.

¿No es obvio?

Últimamente, escribir es un acto urgente.

Mario Zurdo

PRIMAVERA

Deberías de creer en la primavera

tú, que entras en las horas

sin significado

guardas cada ausencia, cada causa

lo que dejas no dicho

deberías de creer en la primavera

en la piel, tan tibia

en las formas del desorden

en el limbo de la memoria

en la ropa suelta y en la brisa

tú, que no puedes regresar a las palabras

vivirás sin ti

imagen indescifrable de la nada

donde nada tiene fin

pues para ti hoy

comienza la primavera

Reseña literaria



Beatri Bowles Vilela

TEXTURAS DE UN MAR INCLINADO: SOBRE EL LADO TORCIDO DEL MAR, DE
GRACIELA OLAVE RAMOS

En *El lado torcido del mar*, Graciela Olave Ramos escribe contra la superficie. Sus poemas avanzan por capas, como si la lengua fuese un territorio inclinado. Hay una lucidez que mira de frente lo que persiste —la grieta, el temblor, la casa que se deshace— y encuentra ahí una forma de sostén. Leer este libro es acompañar a una voz que se abre paso entre restos, entre lo que vuelve, lo que migra, lo que se hunde, lo que se niega a desaparecer.

Conocí a la autora cuando coincidimos en la antología *Voces Nuevas* (Torremozas, 2024). Poco después asistí a la presentación de este, su primer poemario. Lo leí sin interrupciones, como quien se adentra en una corriente que arrastra desde un punto remoto de su ficción. Nací en una ciudad con mar, pero fue solo en la adultez —ya en Barcelona— cuando comprendí que vivir cerca del agua es estar junto a un pulso distinto, una cadencia obstinada que interroga. Quizá por eso el título me atrapó desde el inicio. ¿Qué significa lo torcido en un elemento que nunca es fijo? ¿Dónde empieza ese quiebre? ¿En la costa, en la infancia, en la lengua, en la piel?

Estas preguntas acompañaron mi lectura como un oleaje que no se agota. Y esta reseña quiere ser justamente eso: una deriva atenta por los lugares donde el libro abre un pliegue entre territorio, memoria y deseo. Su poética elabora la experiencia como un tejido tenso, en el que cada nudo extiende una historia y la transforma. Indaga el lenguaje desde la fisura y lo empuja hacia un borde donde la identidad se vuelve materia en construcción, en ruina y en insistencia.

EL CUERPO QUE VUELVE AL AGUA

La primera parte, *regreso*, sitúa al lector ante un movimiento inicial; alguien vuelve, alguien cruza un umbral para mirar aquello que dejó atrás. No es un retorno nostálgico; es una aproximación vacilante, incluso dolorosa. Aparecen archivos íntimos que se inscriben en la carne. El poema *medio camino* lo anuncia con una claridad casi mineral: «volver a esta ciudad es imitar al agua lluvia».

Hay algo profundamente revelador en ese movimiento. Volver es caer otra vez, deslizarse por una superficie conocida pero distinta. El agua construye distancia. Es un espejo deformado donde la ciudad natal —Concepción, con su humedad, su viento, su obstinación marina— se vuelve un terreno que oscila. La poeta pide “permiso para regresar” y lo hace sabiendo que ese permiso no llegará fácilmente; vuelve con la conciencia de que la tierra materna tiene sus exigencias, sus llagas y sus costras.

A lo largo de esta sección, el cuerpo recupera fragmentos: un contorno, un mediodía, un propósito. En *permiso de circulación*, la poeta escribe: «pido permiso para regresar / pido permiso para

visitar / pedir permiso / no da licencias para hacer memoria»; como si volver no fuese un derecho, sino un trámite afectivo, una manera de negociar con lo vivido. La voz se desplaza con cautela, interroga la ciudad, tantea sus límites. Y cada poema parece recordar que nunca se retorna por completo, que solo se escucha la ruina que nos formó.

La figura de la madre surge como una fuerza transversal que alimenta el recuerdo, a veces desde su propia vulnerabilidad. Las reminiscencias son una humedad que lo empapa todo: «el océano se estira / por las intravenosas de mi madre». El mar deja de ser paisaje; se convierte en legado, en materia viva que atraviesa la sangre. Esta formulación poética —tan física, tan íntima— condensa una de las intuiciones más potentes del libro: somos parte de un flujo que no elegimos. No hay distancia entre lo que se mira y lo que se incorpora. Desde el inicio, el mar es linaje.

LA HERIDA Y LA ESPERA

El segundo tramo, breve pero crucial, da título al libro: *el lado torcido del mar*. Aparece Talcahuano, puerto de infancia y adolescencia para muchas personas que han crecido en la región del Biobío. Los versos funcionan como un eje, un núcleo denso donde convergen desarraigo, pertenencia y memoria social: «en el lado torcido del mar / todos esperan».

¿Quiénes esperan? ¿Qué espera el puerto? ¿Qué se aguarda en un territorio marcado por la precariedad, por la intemperie, por los movimientos de ida y vuelta que impone el océano? El “lado torcido” podría ser el lado humano del mar, el lugar donde el agua

deja de ser postal para convertirse en herida. Pero también una forma de identidad, una pertenencia inclinada, nunca recta, continuamente abierta al naufragio.

En este paisaje, la poeta recoge una voz que se mueve entre lo íntimo y lo colectivo. Sabe que volver al puerto es volver a una fractura compartida, donde lo cotidiano convive con lo que amenaza con romperse: «la madre compra empanadas de queso / para frenar —¡por un rato que sea!— / el deseo celeste de mirarse en el agua / de quebrarse / contra la dureza del espejo». En esa escena mínima se condensa la tensión entre supervivencia y abismo, entre la vida que continúa y la pulsión de desaparecer en el reflejo.

La escritura traza una cartografía del desecho y, al mismo tiempo, del arraigo: botellas rotas, migas, huesos de pollo, turistas que no miran y aves que custodian el ritmo del puerto. El tono articula la luz y la corrosión, sin jerarquías entre lo frágil y lo persistente. Esta sección une el regreso inicial con la agitación emocional que vendrá después. Es el punto donde el libro mira el territorio que lo nutre, con toda su dureza y su belleza incompleta.

DESEO, DESPLAZAMIENTO, EXTRANJERÍA

La tercera parte, *una vana palabra*, fue la que más me estremeció. El cuerpo aparece en su forma más vulnerable y más feroz. El cuerpo que desea, que viaja, que se desorienta en ciudades donde la lengua a veces no alcanza. Hay un erotismo simultáneamente tierno y abrupto, lírico y habitual. Está la

delicadeza de rozar clavículas, de acercarse a una piel, y también la crudeza del hambre.

Amar implica moverse, pero además aceptar la posibilidad de la pérdida, la erosión que dejan la ciudad y la historia. El cuerpo, descrito a menudo como isla, intenta abrirse en archipiélago; se aferra a otros cuerpos como a un continente provisional, y en ese afán se confiesa frágil. Los poemas florecen con la soltura del verso libre y una sintaxis que progresa por impulsos; repeticiones y rupturas que acompañan el ritmo urgente del deseo. La palabra se vuelve híbrida, pasa del lirismo a la ironía sin advertencia, y esa mezcla resulta en una sinceridad que rehúye artificios.

En *Portugal 120*, «de pronto / va más de un mes / que se alargó / la mañana siguiente», la ciudad funciona como un cuerpo situado en una frontera —entre la entrega y la distancia— mientras la casa que dejó de serlo permanece como un eco persistente, en ese pasaje donde el cuidado convive con el apetito. El mar continúa presente y ahora actúa como corriente que arrastra, como desplazamiento y como marea afectiva que envuelve.

En la página 33 me enamoré de un poema breve y sin título que reposa al final de la hoja: «querría cerrar el c(i)elo con la punta del pie / por solo mantenerme / en esta calma quejumbrosa». Es el ápice de la tensión que recorre toda esta parte; la pretensión de detener un instante que duele y consuela al mismo tiempo. Ese cielo que es celo condensa una intimidad primaria, la sensación de habitar un clima emocional que se congela justo cuando querríamos que siguiera abriéndose. Una calma que vibra, que duele, que no es del todo quietud.

LA LENGUA COMO REFUGIO

La última sección, *Barcelona: casa animal*, despliega una nueva apertura. Barcelona emerge como un lugar donde el yo comienza a adquirir contornos distintos, un espacio donde el sujeto se prueba a sí mismo y ensaya una forma de permanencia sin renunciar a su historia fragmentada.

En *antes de marchar*, la voz permanece en un umbral que no termina de decidirse. La ciudad nueva se percibe como una prolongación de ese “lado torcido” que viene desde los orígenes, pero también como la posibilidad —todavía incierta— de un hogar diferente. El poema recoge ese instante suspendido en el que no se avanza del todo ni se retrocede. Una estancia intermedia que revela tanto la vulnerabilidad del yo como su necesidad de seguir moviéndose.

El desplazamiento se registra en *hasta este punto* con una sobriedad de fuerza subterránea. La estructura del poema parece hecha para seguir esa huella: cada línea se coloca como quien toma nota de un cambio mínimo, de un ajuste interno, de un acto de reconocimiento. Se observa cómo la identidad se reorganiza al convivir con lo extraño y lo familiar a la vez.

Y llegamos a *casa animal*, el poema que marca el último latido: «no tengo nombre todavía / nada más que mi casa / puede nombrarme». El hogar se expande más allá del espacio físico: es lengua, es cuerpo, es escritura, es un modo de permanecer sin desvanecerse. Regresar es volver a la voz. Es el lugar donde convivir con lo torcido sin forzarlo a enderezarse, y en esa aceptación emerge un ímpetu esencial que parece sostener todo el libro.

LO QUE QUEDA DESPUÉS

Termino esta nota como terminé la primera lectura: con la sensación de haber acompañado un movimiento que continúa bajo la piel. *El lado torcido del mar* es un poemario que me deja con humedad en las manos. Y me hace reflexionar qué significa volver y qué significa quedarse.

Creo que la resonancia del libro reside en su capacidad para activar en quien lee esa zona en la que origen y presente se miran sin responderse del todo. Su “lado torcido” invita a reconocer que la pertenencia rara vez es recta: se inclina, cambia de ritmo, se descose en direcciones inesperadas.

El título, aún ahora, sigue abriéndome preguntas. ¿Cuál es ese lado torcido? ¿El que mira hacia la memoria o el que mira hacia el futuro? ¿El que se agrieta en la lengua o el que se rompe en el cuerpo? ¿Es torcido el mar o es torcido el lugar desde el que miramos?

Me gusta pensar que el poemario seguirá inclinándose, que continuará devolviendo sal en la herida; moviéndose por dentro como una marea que nunca termina de bajar.

El lado torcido del mar, Graciela Olave Ramos. Ril Editorial, 2025

ISBN: 9788410248571

Número de páginas: 62

Este quinto ejemplar
de la revista Ceniza se terminó en
febrero de 2026.

Gracias a todos los autores y autoras por
participar en este maravilloso número.

